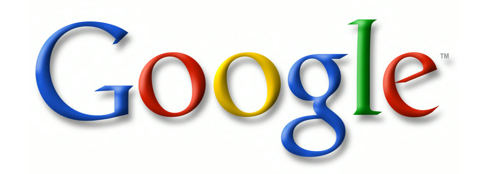






[illegible]

[illegible]

[illegible]

LAS CONVERSACIONES

DE MI VIAGE,

Ó ENTRETENIMIENTOS

SOBRE VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL Y LITERATURA.

TRÁTANSE EN ELLAS VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL QUE SON POCO CONOCIDOS, SE INSERTAN NOTICIAS MUY ÚTILES, FRAGMENTOS DE OBRAS MUY RARAS, VERSOS ORIGINALES, &c.

POR D. F. E. CASTRILLON.

TOMO PRIMERO.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS,
1805.
Se hallará en la librería de Orea, frente á San Luis.

AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSEF MARÍA MAGALLON Y ARMENDARIZ, MENCOS, ACEDO, BEAUMONT DE NAVARRA, MARQUES Y SEÑOR DE SAN ADRIAN DE SANTIAGO, Y LA CIMADA, CONDE DE ZUEWEGHEM, SEÑOR SOLARIEGO DE LA VILLA Y CASTILLO DE MONTEAGUDO EN EL REYNO DE NAVARRA, POSEEDOR DE LOS MAYORAZGOS DE MAGALLON, FALCES, AYVAR, ATONDO, ROMEO DE PERALTA, VILLALON, ALAVA, TORRES Y MIRAFUENTES, GENTIL-HOMBRE DE S. M., Y GRANDE DE ESPAÑA, &c., &c.

EXCMO. SEÑOR.

Permítame V. E. que las CONVERSACIONES

DE MI VIAGE *vean la luz pública condecoradas con el nombre de V. E.; pues de este modo, quando los inteligentes noten en ellas los defectos de mi ingenio, aplaudirán mi eleccion viéndome implorar el patrocinio de un sugeto tan ilustre por los blasones heredados como distingui-*

do por el vivo interes con que mira los progresos de las ciencias.

Si V. E. me concede esta gracia, tendré la singular satisfaccion de mirar esta obra como un testimonio público de mi respeto á la persona de V. E., y como una sincera demostracion de los vi-

vos deseos con que aspiro al honor de servirle.

EXCMO. SEÑOR.

B. L. M. de V. E. su mas humilde servidor

F. E. Castrillon.



*Fue mi maleta la ultima
que se acomodó en la zaga.*

PRÓLOGO.

Hay lectores tan amantes de las obras maestras, que se disgustan al ver una que no lo sea; y hay otros tan enemigos de todo lo serio, que no leen sino las obras cuyos títulos anuncian muchos ratos de diversion. Estos jamas compran libro que pase de dos

pesetas, y aquellos nunca toman en la mano libro que no sea en folio. ¿Cómo hará un pobre autor para conciliar estos partidos tan opuestos? no hay otro medio que escribir *Miscelaneas*; pero como este género de escritos tiene tantos enemigos, y como precisamente es el que yo he elegido, me veo en la precision de defenderle y defenderme.

Ante todas cosas, concedo que las miscelaneas son las obras mas á propósito para

formar pedantes; pues como no pueden tratar ningun asunto con toda la extension conveniente, si caen en malas manos destruyen mas que edifican el palacio del entendimiento. He aquí la principal réplica que me pueden hacer los enemigos de las misceláneas; y pues que yo mismo la doy por buena y bien fundada, espero que no me tendrán por acérrimo partidario de todo lo frívolo é insubstancial; y que creerán de bue-

na fe que he tenido mis razones para dedicarme á este género. Véase aquí quales han sido.

No todos los hombres pueden ni deben dedicarse á un estudio serio y seguido; pero todos deben y pueden instruirse en las cosas mas principales, no solo por el beneficio particular que de ello puede resultarles, sino tambien para no hacer en la Sociedad un papel ridículo, y verse precisados á callar si asisten á al-

guna tertulia, ó tener que alternar con las mugeres ignorantes que pasan las noches, y aun las tardes, murmurando de quantas conocen, contando las gracias de sus niños ó de sus perros, y repitiendo las faltas que notan en los criados. No hay cosa mas despreciable á los ojos de todo hombre sensato, que un necio que ignora todas las maravillas de la historia natural, que no sabe mas costumbres que las del pueblo en que vi-

ve; y que últimamente, de nada sabe hablar, ó si habla no dice mas que necedades. Y no se ha de entender que hablo aquí de aquellos hombres que jamas han visto un libro, sino que tambien trato de los que profesan esta ó aquella facultad ó ciencia; pues los tales, si no tienen mas conocimientos que los propios de su profesion, ó habrán de hablar siempre con sus compañeros; ó tendrán que callar quando esten delante de otras gentes,

sopena de hacerse mas ridículos si comienzan á ensartar una porcion de ideas abstractas ó voces técnicas en presencia de los que no profesan aquella materia, y mas particularmente delante del bello sexó. Tan cierto es que estos conocimientos, que no se adquieren en las Universidades ni en los Colegios, son la piedra fundamental del buen trato y de la conversacion amena.

¿Qué remedio, pues, pa-

ra no ser ridículos en la Sociedad? No hay otro sino el de instruirse. Pero, señor, me podrán decir, ¿hemos de leer las obras voluminosas que tratan de esas materias, nosotros que apénas tenemos tiempo para nada; ó hemos de arrostrar con la multitud de conocimientos que allí se nos dan; nosotros, que faltos de las ciencias auxîliares, que facilitan el paso á esas otras, apénas podemos entender sino tal qual cosa de las que allí se nos

dicen? La réplica es fundadísima, y tanto mas, quanto *esas tales cosas*, que todos pueden entender, son precisamente las necesarias para el asunto de que tratamos, y las que son dignas de que todos las sepan; pues las demas deben reservarse para los profesores de aquel ramo. Figurémonos que las ciencias son un jardin; y entónces ¿qué utilidad podrá sacar uno que se pasee por este vergel literario? Claro está que no podrá sacar otra uti-

lidad que la de coger algunas flores. Esto es lo que hace uno que entra en un jardin. Se aprovecha de la instruccion del jardinero que cultivó aquellas plantas; no se mete en averiguar el tiempo en que se debiéron poner, las circunstancias del terreno que piden, la clase de abono que este necesita, &c., &c, Todo esto pertenece exclusivamente al jardinero; y el aficionado saca el placer y la utilidad de coger solamente las flores. Ved aquí

lo que debe hacer con las ciencias uno que no las profesa. Dexar á otros los secretos de ellas; no pensar en *el por qué* de las cosas, sino saber quáles son estas, ver quán maravillosas son, y últimamente saber que hay esto y esto en el mundo; pues si desde este superficial conocimiento quiere subir al principio de aquellos fenómenos, puede hacerlo dedicándose á leer las obras maestras. Así es que tan léjos estan las miscelaneas de ser

perjudiciales á la venta de las buenas obras, que ántes facilitan su despacho, pues destruyen la ignorancia de muchos, y dan el primer paso para la ciencia, despertando el deseo de adquirirla.

Segun esto no pueden dexar de ser muy útiles las miscelaneas, con tal de que estén escritas con discernimiento, y por quien profese la materia que trata; y así no me parece que habrá quien me critique porque añado una mas

á las muchas obras que tenemos de esta clase, quando gracias á Dios no me meto en terreno desconocido.

Réstame decir alguna cosa del plan que he adoptado: Este ha sido dar á conocer las principales maravillas de la historia natural en el ramo de los insectos; y me he ceñido á este, porque los demas estan tratados con todo el gusto posible en el compendio de Buffon que traduce el señor Estala; obra tan apreciable

por sus noticias, como digna de leerse por su excelente traduccion. Al mismo tiempo presento algunas noticias y anécdotas, aquellas muy útiles, y estas poco conocidas: lo mismo digo de los fracmentos de algunas obras que he extractado; todas son muy duras, y aunque á la verdad nada escribo que ya no esté impreso, puedo asegurar que he tenido que leer mucho para juntar estos materiales.

Lo único que hay original

en estas Conversaciones (fuera de los versos que todos lo son) es *el arte de bien callar*, y el *viage de Van-tsee* al imperio de la China. Como todas las demas son traducciones, es preciso dar una idea de los autores que me he valido; pues no pienso andar llenando de notas el cuerpo de la obra. Las noticias pertenecientes á los insectos estan tomadas de Reaumur, Sindenham, Lebrum, y alguna otra de la Enciclopedia. La mayor par-

te de las anécdotas estan tomadas de la Biblioteca Británica; y los demas fragmentos pertenecen á las obras que en ellos mismos van indicadas: igualmente me he valido de algunos periódicos extrangeros.

No quiero hacer mi defensa: el público juzgará de mi mérito: escribo para las damas y para los ignorantes; pues los sabios merecen toda mi veneracion, y jamas me atreveré á presentarlos ramilletes, sien-

do ellos dueños de jardines enteros. Sin embargo, si alguno de estos lee mi obra, quizás encontrará cosas que no sabia. Todos los demas, estoy muy seguro de que sacarán alguna utilidad de mis tareas; pues me atrevo á decir que quantos puntos trato en estas Conversaciones, todos son bastante interesantes. Ultimamente, mi objeto ha sido instruir deleytando; y me servirá del mayor disgusto saber que, á pesar de mi esmero, hay

en esta obra un solo párrafo que no sirva, ó para dar una noticia útil y curiosa, ó para inspirar al corazon los dulces sentimientos de la virtud.



INTRODUCCION.

No esperen mis lectores una introduccion pomposa; la sencillez es mi carácter; y quanto escribo no puede ménos de ser sencillo.

Qualquiera que lea mi obra debe figurarse que yo me hallaba en Sevilla á punto de regresar á la Corte mi patria, y como un viage es molesto de qualquiera suerte que se haga, y molestísimo si se hace sin el auxîlio de

una buena compañía, mi primera diligencia fué buscarla: tuve la fortuna de encontrarla mejor de lo que me la pudiera imaginar. Varios amigos que tengo en aquella capital me proporcionáron un asiento en un coche donde habian ajustado los suyos Doña Clara, señora Aragonesa; Don Fernando su hermano; un eclesiástico, llamado Don Severo; y un jóven que por seguir la carrera del comercio habia viajado mucho, y tenia toda la instruccion que da una buena educacion; todo el desparpajo que se adquiere con el trato del gran mundo, y todo el buen humor que proporciona la

opulencia. Este jóven se llamaba Don Cárlos, y juntos todos una mañana muy temprano, emprendimos nuestro viage, dándonos mútuamente el parabien porque se nos habia proporcionado el gusto de conocernos.

Desde luego nos prometemos un viage muy divertido, y el suceso correspondió á nuestras esperanzas. Las conversaciones que aquella mañana se tocáron fuéron tan divertidas, que no llegamos á Carmona sin que ya hubiese yo formado el proyecto de publicarlas. Esto es precisamente lo que voy á hacer, sin mas artificio que copiarlas de mi memo-

ria segun me acuerdo que pasáron; y aun para evitar las molestas repeticiones de *dixo Doña Clara*, *replicó Don Severo*, &c. haré hablar á cada personage de por sí, como si estuviese escribiendo un drama para el teatro. He dicho quanto tengo que decir en esta introduccion. Los asuntos que voy á presentar me han parecido interesantes y dignos del público: él verá si son para él interesantes y dignos de que yo se los comunique.

CONVERSACION PRIMERA.

Noticia de algunos hombres célebres por los muchos años que han vivido. — Diferencia entre el amor y la galantería. — Historia del Rotifero. — La del Tardigrado. — Extraña opinion de los indios Wiandots acerca de los huesos de los Mammoths, animales que ántes existiéron á orillas del rio Ohio. — Usos y costumbres de los Kucys ó montañas de Tipra.

Comenzaba á rayar el dia quando yo tomé el coche, pues por la

circunstancia de estar mi casa muy inmediata á la puerta de la ciudad, fué mi maleta la última que se acomodó en la zaga. Ofrecí mis debidos respetos á mis compañeros de viage; supe los nombres de todos; díxeles que me llamaba Mariano; y si mal no me acuerdo prosiguió la conversacion de este modo.

DON SEVERO.

Desde luego, señores; que me prometo un viage sumamente divertido, sin embargo de que la estacion no es la mas acomodada para divertirse viajando.

DON FERNANDO.

Todo lo puede la buena compa-

ñía, la agradable conversacion y el buen vino.

DOÑA CLARA.

En quanto á lo último, baste decir que en saliendo de Andalucía entramos en la Mancha; y en quanto á la agradable conversacion, en nuestra mano está que lo sea.

DON CARLOS.

Y añada vmd., señorita, que por fuerza ha de ser buena la conversacion que llevemos, habiéndonos juntado cinco sugetos que me parece nos asemejamos mucho. Yo por mí sé decir á vmds. que estaba inquieto pensando si me tocarian unos malos compañeros de viage;

poco á poco se fuéron disipando mis temores quando fuí viendo á vmds.; y por último, al ver entrar al señor Don Mariano, exclamé en mi interior: ¡gracias á Dios que no solo me ha librado de la maldicion de las *eses*, sino que tambien me ha proporcionado tan buenos compañeros.

DON SEVERO.

Me tomo la libertad de responder á nombre de todos, dándole á vmd. gracias por el buen concepto que ha formado de nosotros; pero quisiera saber qué maldicion es esa que vmd. tanto temia.

DON CARLOS.

Dirésela á vmd. con mucho gusto. La maldicion de las *eses* dicen que era la que echaban las gitanas á las feas; y es esta, *viaja sola, come salado, y enamórete un sacristan.*

DON SEVERO.

Por cierto que de la última cláusula no tenia vmd. mucho peligro; ¿pero no sabrémos por qué tienen tanta tirria las gitanas á los pobres sacristanes?

DON CARLOS.

Eso es lo que no sabré decir á vmd., si ya no es que tuviéron presente, al incluirlos en la amenaza, aquella copla que dice ha-

blando de los sacristanes.

Si cantan serán responsos,
si tocan serán campanas,
si piden serán limosnas,
y si visten serán faldas.

DON FERNANDO.

Por mi vida que he de apuntar esa copla en mi libro de memorias. Vean vmds. aquí ya uno de los efectos de mis esperanzas.

DOÑA CLARA.

A fuerza de hablar hemos de divertir los dias que tenemos que ir encerrados en la estrecha habitacion de este coche. Y así hagamos la protesta de pasarlos en continua conversacion.

DON SEVERO.

Yo que me he tomado los poderes de la junta, la ofrezco así á nombre de todos.

DON MARIANO.

Y yo comenzaré á hablar dando gracias á mi señora Doña Clara por su propuesta; pues han de saber vmds. que no temia ménos que el señor Don Cárlos el que me devorase el tedio en este camino; pero vivan vmds. muchos años, pues me libro de tán cruel enemigo.

DON FERNANDO.

Y como que ha andado prudente el señor Don Mariano en decir que vivamos muchos años, y no

mil años como vulgarmente se dice.

DON MARIANO.

Acerté por casualidad; ¿pero no me dirá vmd. por qué hubiera sido error señalar el número de mil?

DON FERNANDO.

Porque desear que vivamos muchos años es una cosa buena y posible; pero vivir mil, ademas de ser muy incómodo, nadie los ha vivido, ni aun los *Macrobios.*

DON CARLOS.

¿Y quiénes son esos señores?

DON FERNANDO.

Los pueblos Macrobios solo Dios sabe donde estuviéron, pues los geó-

grafos no están de acuerdo sobre el pais que habitáron (1); pero lo cierto es que han dexado tanta fama por la ancianidad á que llegaban, que ha bastado para que se dé el nombre de Macrobio á todo viejo que pasa de la edad comun y corriente.

DON SEVERO.

Pocos son los que merecen este nombre.

DON FERNANDO.

Sin embargo, no son tan pocos

(1) Pomponio Mela los pone en la Isla de Meroe, Plinio en la Etiopia, Dionisio el africano y Eustachio dicen que son los pueblos Hyperboreos.

que no puedan formar una lista razonable. Vean vmds. de los que yo me acuerdo asi por mayor.

Antes del Diluvio.

Matusalem, hijo de Enoc, vivió 969 años.

Jared, hijo de Malalael, 962.

Noe, hijo de Lamec, 950.

Adan, el primer hombre, 930.

Seth, su hijo, 910.

Enos, hijo de Seth, 905.

Malalael 895.

Lamech, hijo de Matusalem, 777.

Despues del Diluvio.

Sem, hijo de Noe, 600.

Un tal Dando 500.

Canam, hijo de Arphaxad, 460.

Hebes. 460.

El año de 1687 pasó por Venecia un hombre que tenia ya 440 años y disfrutaba muy buena salud.

Nicolás Comite habla de un Braman que vivió 300 años.

Juan de Estampes, escudero francés, murió á los 160 años.

DON SEVERO.

Por cierto que todos esos sugetos disfrutáron un privilegio muy apreciable.

DOÑA CLARA.

Qué sé yo que le diga á vmd. Vivir muchos años es una cosa muy buena; ¡pero tantos... tantos!...

DON FERNANDO.

No te parecerian tantos si tú los hubieras vivido. A la verdad la vida es un encanto. Puestos en perspectiva cien años, parecen un espacio incomensurable; pero pasados ya, y llegado el instante de morir, parecerian unos breves minutos.

DON CARLOS.

Con todo, yo apuesto algo á que á esta señorita no la gustarian mucho los tales Macrobios.

DOÑA CLARA.

¿Y por qué?

DON CARLOS.

Por el odio general que las da-

mas tienen á los viejos.

DON SEVERO.

Y ese odio se fundará en la demasiada estimacion con que miran á los mozos.

DON CARLOS.

Y la basa que sustenta esa estimacion es la mejor disposicion que tienen para servir en las vanderas de Cupido.

DON SEVERO.

Ea, ya tenemos á ese muchacho en campaña. Habló una dama, y no podia ménos de tocarse algun punto de amor y galantería.

DOÑA CLARA.

Por lo mismo es preciso que me defienda. Sepan vmds. que así yo como todas las mugeres, apreciamos mucho á un verdadero amante.

DON SEVERO.

Puede vmd. estar segura de que nadie la negará ese principio.

DOÑA CLARA.

Es que voy á probar que este aprecio es legítimo y justo. No se escandalicen vmds. de la proposicion; pues les voy á demostrar que el amor y la galantería no son una misma cosa, como creen muchos, y aun como el mismo Don

Severo ha confesado.

A la verdad, el amor tiene por vasallos á todos los hombres, y por enemigos á la mayor parte. ¿De dónde, pues, podrá provenir esta contradiccion tan manifiesta? ¿Cómo se detesta y se declama contra aquello mismo que se sigue? Sin duda es que se confunde al amor verdadero con el que sólo tiene su nombre, y tomando la máscara por la cara á quien cubre, se habla de la fealdad de esta, no teniendo ojos para mirar la primera.

Ello, sea como quiera, mi dictámen es que el amor no debe te-

ner contrarios; baxo este principio, y en el supuesto de que yo le considero como una cosa buena, virtuosa é inocente es como he emprendido hacer su defensa. Así es preciso convenir en la idea que yo tengo de este nombre, en la extension con que me le figuro, y en el modo con que quiero que vmds. le conozcan.

El amor y la galantería son dos sinónimos para la mayor parte de los hombres; pero sin embargo, ¡qué terrible diferencia se halla entre ellos! exâminemos sus propiedades, recorramos sus obras, y verémos bien pronto la injusti-

cia que se les hace al confundirlos.

El amor es mas vivo que la galantería; aquel se limita á un objeto, y esta se extiende á todo un sexô: así, aquel nos dirige únicamente á una persona; á esta la entrega todo el corazon sin reserva alguna, no dexando para los demas objetos sino una fria indiferencia á sus méritos mas brillantes; y últimamente, el amor, siendo generoso en sus empresas, parece un heroe, que arrostrando con firmeza los mayores obstáculos, se propone el vencimiento á medida que las dificultades los animan. La galantería

es todo al contrario. Dirigiéndose indistintamente á todos los objetos que agradan, nos asocia á aquellos que mas se conforman con nuestros deseos; pero dexándonos sin embargo bastante libertad para elegir otros al punto que se presenten, y débil en sus empresas, solo hace rostro á las fáciles, conociendo desde luego que el trabajo de la pelea quita muchos grados á una victoria donde solo se lleva por objeto unos placeres momentaneos.

En el amor es el corazon el amo, y los sentidos solo son sus esclavos; y en la galantería son estos los que mandan en gefe, y

arrastran al corazon hasta hacerle aprobar los mayores absurdos. De este modo, la razon y la virtud, que se complacen en los triunfos del primero, se tapan, por decirlo así, los ojos, no pudiendo sufrir la victoria que la segunda consigue muchas veces aun á pesar de los deberes mas sagrados.

Es verdad que el amor y la galantería se engañan muchas veces en sus respectivas elecciones, siendo quizás esta la única cosa en que convienen; pero sin embargo se diferencian mucho en el resultado de sus engaños. El amor, como mas serio en sus empresas, se

disgusta extremadamente de la poca exactitud de sus pinceles; y mirando sus penas tan mal pagadas, se resuelve á arrojar del corazon un objeto indigno de ocupar su firmeza. Pero la otra, viendo su engaño, se consuela de su error con la memoria de los placeres que la hizo concebir su idea; y así, hallando en el mismo engaño nuevo pábulo á su voluptuosidad, no satisfecha, se engolfa gustosa segunda vez en el mar de sus alegres proyectos. De lo qual se infiere la seriedad con que el amor atiende á sus obras, y la frialdad ridícula y despreciable con

que esta trata sus designios.

Ultimamente, el amor consiste en un sentimiento tierno, dulçe y respetuoso; y la galantería solo estriba en un objeto reprehensible, ó haciéndola todo el honor posible, en una belosidad despreciable.

DON SEVERO.

Todo eso está muy bien; pero siempre quedámos en la primera proposicion de que vmds. aborrecen á los viejos porque son ridículos para amantes ligeros, y no muy acomodados para amantes constantes.

DON CARLOS.

Aun así tuvieran privilegio de

vivir muchos años y no envejecer?

DON SEVERO.

¡Oh señor! eso es pedir imposibles.

DON CARLOS.

Cuidado con eso, señor Don Severo, pues aunque es verdad que al hombre no le fué dado semejante favor, hay otros seres animados á quienes se le concedió el Soberano Autor de la naturaleza.

DON SEVERO.

Amigo, son tantas y tan prodigiosas sus obras, que no me atreveré jamas á negar la noticia de vmd. aunque no ha llegado á la mia; pero sí me alegraria saber

qué seres son esos que saliéron tan beneficiados en el repartimiento de la vida.

DON CARLOS.

Hay varios; pero entre todos merece particular atencion el que los naturalistas llaman rotifero.

DOÑA CLARA.

Sepamos, pues, qual es su historia, si el señor Don Cárlos quiere hacernos su descripcion, ya que nos ha puesto en espectativa, diciéndonos su nombre.

DON CARLOS.

Lo haré con muchísimo gusto. El rotifero es un animalillo gelatinoso, transparente y agilísimo,

que como el antiguo Proteo, muda toda especie de formas. Tiene el vientre inflamado; y en su interior se descubre un pequeño órgano, que aunque no es un verdadero corazon, se le asemeja mucho por sus movimientos casi continuos. La parte anterior del cuerpo de este extraño viviente está dispuesta á modo de embudo, y coronada de puntas que se mueven rápidamente á modo de una rueda, cuya circunstancia le ha hecho dar el nombre de rotifero.

DON FERNANDO.

Sin duda que esas puntas son otras tantas patas con que el

animal se mueve.

DON CARLOS.

Así lo han creido algunos; pero lo cierto es que estas patillas no son otra cosa que unas barbillas colocadas al rededor de la boca, con las quales forma en el agua una especie de torbellino para atraer hácia sí los cuerpecillos de que se alimenta.

Dexemos sus pormenores anatómicos, y vamos á su dilatada vida. Si se echa al rotífero en una gotita de agua, se le ve nadar lo mismo que si estuviera en un rio caudaloso; tal es su pequeñez; pero al paso que el agua se evapo-

ra, se va él contrayendo, pierde su forma; y por último, no se dexa ver sino baxo el aspecto de un pedazo de pergamino seco. Al verle en este estado se creerá que está muerto, pero se engaña el que así lo piense; pues guardándole en esta disposicion por espacio de muchos años, recobra la vida y el movimiento apénas se le humedece de nuevo; bien es verdad que esto no sucede sino quando se tuvo la precaucion de echar un poco de polvo sobre el rotifero, quando comenzaba á faltarle el agua, y él principiaba ya á contraerse; por lo qual parece que el contac-

to del ayre es el poderoso enemigo que le priva de la vida.

DON SEVERO.

Admirable animalillo es el rotifero; pero, amigo, yo suspendo mi juicio, pues aunque no dudo de la veracidad de vmd., tengo presente el adagio que dice á *luengas tierras, mentiras luengas.*

DON CARLOS.

Segun eso, ¿juzga vmd. que para observar estas maravillas son precisos largos viages? Pues no señor. Los rotiferos habitan entre nosotros, y sus paises son los tejados de nuestras casas. El viento es quien los transporta á este lu-

gar; y allí sepultados entre el polvo, viven con una muerte aparente; bien es verdad que estas intemperies no son nada para ellos, pues en este estado de sequedad, aguantan un calor artificial de cincuenta y seis grados, y un frio de diez y nueve.

DON FERNANDO.

Tan admirable es eso como lo dilatado de su vida: pero dígame vmd., ¿son los rotiferos los únicos que disfrutan semejante favor?

DON CARLOS.

El tardigrado, llamado así por la lentitud con que camina, es también uno de los que le gozan. Quan-

do comienza á evaporarse el agua que le contiene, esconde en su cuerpo las patillas, y queda el animal reducido á la figura circular. No es preciso envolverle en polvo para que resucite; y esta circunstancia tampoco es necesaria á un pequeño gusano que habita con el rotifero entre el polvo de los tejados.

DON SEVERO.

¿Quál será el admirable mecanismo con que el autor de la naturaleza querrá se obre el prodigio de conservar la vida estos animalillos, por tantos años privados al parecer de quantos auxilios son

necesarios para mantenerla?

DON CARLOS.

Eso, amigo mio, es un misterio para nosotros: bien es verdad que en la historia natural podemos decir, conozco tales y tales efectos; pero no siempre sabemos que tales y tales causas son las que los producen; de modo que comunmente tenemos que ir á parar á la respuesta de que sucede porque Dios así lo dispuso.

DON SEVERO.

Esa respuesta es la mas propia de un filósofo christiano.

DON FERNANDO.

Así es muy cierto; pero vmda.

me hacen acordar de la extraña explicacion que dan ciertos pueblos á un punto que ha inquietado mucho á los naturalistas; y aunque esto es desviarme un poco del asunto que tratamos; sin embargo, la he de contar, pues servirá para divertirnos, y nuestro fin no es otro.

Ya saben vmds. que hace poco tiempo que los papeles públicos de Francia anunciáron que en la Nueva-Yorck se habian desenterrado los huesos de un animal desconocido á quien llaman Mammoth, y que segun el tamaño de aquellos huesos, parece que tenia una talla cinco ó seis veces ma-

yor que la del elefante mas corpulento.

El Coronel Morgan, en un escrito que publicó habrá unos doce años, dice que solo en las lagunas inmediatas al rio Chio, se hallan los restos de esta especie de animales. Quando este militar recorria aquellos paises, encontró una tropa numerosa de indios *Wiandots*, quienes estaban empeñados en una cruel guerra con los *Chickasaws*, El gefe que conducia aquella tropa era un venerable anciano de 84 años, y el Coronel Margan se dirigió á él para saber algunas noticias acerca de sus investigacio-

nes; y despues de haberle cumplimentado elogiando la prudencia de su nacion en tiempo de paz, y su valor en la guerra, le rogó le explicase qué significaban aquellos enormes huesos que veia en aquel distrito. El anciano le respondió de este modo.

Quando yo era muchacho pasé varias veces por este parage, yendo á la guerra contra los *Catawbas*. Los ancianos capitanes de nuestros guerreros, entre quienes se hallaba mi abuelo, respondiéron de este modo á las preguntas que les hice acerca de estos huesos que solo allí se encuentran.

Quando el gran Espíritu formó el mundo, crió las diversas especies de aves y de animales que le habitan. Crió tambien al hombre; pero habiéndole criado blanco y muy imperfecto, le colocó en la otra parte de la tierra, que es donde habita, y desde la qual ha venido á destruir nuestros paises. Pero como el gran Espíritu estuviese descontento con su obra, tomó arcilla negra, y formó al hombre negro, cuya cabeza cubrió de lana; y aunque conoció que este hombre negro era mucho mejor que el blanco, sin embargo no correspondia todavia á los fines del gran

Espíritu; y así buscó un puñado de arcilla roxa, bien fina y bien pura, y formó al hombre rubio, cuya obra le satisfizo completamente, y tanto que le colocó en esta gran isla en que estamos, y que dista igualmente del pueblo blanco y del pueblo negro. La especie de los hombres rubios se multiplicó terriblemente, y vivió feliz por muchos años; pero como los jóvenes locos é inconsiderados olvidasen las prudentes reglas que les prescribió el gran Espíritu, y le ofendiesen con sus delitos, resolvió castigarlos, y crió los *búfalos grandes*, cuyos huesos veis presentes.

Estos tuviéron órden de acabar con toda la especie humana; y en efecto la destruyéron, excepto algunos individuos que hiciéron penitencia, y rogáron al gran Espíritu que quitasen á los Bufalos el poder de dañar al pueblo rubio. Así fué, y el gran Espíritu envió sus rayos que matáron á todos los grandes Bufalos; pero reservó un macho y una hembra que estan detrás de aquella montaña, con la protesta de soltarlos de nuevo siempre que el pueblo rubio le irrite.

DOÑA CLARA.

¡Qué opinion tan extravagante y tan propia de unos hombres

sin principios!

DON SEVERO.

Si señora; pero ella es una prueba de quanto yerra el hombre quando le faltan las verdaderas luces de la religion revelada.

DON CARLOS.

Por mas extravagante que sea la opinion de aquellos indios, yo he estado sumamente divertido, pues me gusta sobremanera quanto pertenece á las naciones salvages.

DON FERNANDO.

Pues si eso es así voy á dar á vmd. un buen rato, refiriendo lo que he leido hace pocos dias acerca de la religion y costumbres

de los *Kucys* ó montañeses de Tipra.

DON SEVERO.

Todos creo que tendrémos tanto gusto como el señor Don Cárlos en escuchar á vmd.

DON FERNANDO.

Voy á complacer á todos, si es que mi memoria me permite salir ayroso.

Los habitantes de las montañas situadas al Este de Bengala dan al Criador del universo el nombre de *Partiyaa*; pero creen que cada árbol encierra una divinidad, que tambien lo son el sol y la luna, y que Patiyaa se complace en que se tribute culto á estas dei-

dades inferiores.

Quando uno mata á otro no es buscado por el gefe de la tribu, ni por ninguno que no sea de la familia del difunto; pero los parientes de este pueden matar al asesino sin que ninguno sea osado de oponerse á su venganza.

En las guerras son tan crueles que degüellan hasta á las mugeres de sus enemigos, cuya bárbara costumbre fué introducida de este modo.

Un dia preguntó una muger á otra, cómo era que acudia mas tarde que lo acostumbrado á sus labores; y como esta la respondiese

que habia estado previniendo la comida para que su esposo la hallase pronta quando volviese del combate, deduxéron los Kucys que las mugeres eran en tiempo de guerra tan perjudiciales como los hombres, pues estos no podrian pelear si áquellas no les preparasen el alimento. Así desde entónces degüellan á quantas mugeres hallan en las chozas de sus enemigos, y con mucha mas razon quando estan en cinta; pues entónces dicen que es destruir muchos enemigos de solo un golpe.

Estos montañeses no tienen ninguna idea de un cielo ó de un in-

fierno destinado á premiar ó castigar las buenas ó las malas acciones; pero creen que hay un cierto espíritu que viene á coger el alma del moribundo, y que este goza para siempre de las promesas que aquel espíritu le hace al tiempo de morir; pero estas promesas no tienen efecto siempre que el difunto tenga la desgracia de que los enemigos se apoderen de su cadáver.

Quando alcanzan alguna señalada victoria la celebran con un banquete, en el qual tienen á su lado los cadáveres de los enemigos que han muerto á sus manos;

y metiéndolos en la boca alguna cosa de lo que comen les dicen. — Come, apaga tu sed, satisface tu apetito. Oxalá que lo mismo que tú has sido muerto por mí, mueran tus parientes á manos de los mios. —"

El que lleva á la poblacion la cabeza de un enemigo, recibe mil obsequios de todo el pueblo. Su muger sale á recibirle adornada con todo el primor de su luxo, y luego que le encuentra se acarician mutuamente, echándose uno á otro en la boca una porcion de licor, con el qual tambien lava á la muger las manos ensangrentadas de

su esposo. Mayores son los regocijos si se lleva un prisionero vivo: el que esto hace, recibe ciertos regalos, y el gefe ó gefes de la tribu que no han salido al combate, tienen el singular privilegio de cortar por su mano la cabeza al prisionero.

Ultimamente, la mas particular y mas extravagante de sus costumbres es á mi parecer esta. Si sucede que alguno, ó por naturaleza, ó por acidente, es incapaz de tener sucesion, queda privado del gusto de tener casa suya, y pasa la vida sin tener mas destino que cantar y bailar, mante-

niéndose á expensas de la caridad de sus compatriotas. Quando uno de estos mendigos va á casa de un hombre que quiere hacer ostentacion de sus riquezas y de su buen corazon sale á recibirle, sacando en la mano una caña, de la qual penden una porcion de pedernales atados unos á otros en disposicion que lleguen hasta el suelo, y dando una especie de culto á estos pedernales, da limosna al mendigo, y celebra un banquete convidando á todos sus amigos. Este acto de magnificencia mas que de caridad le da mucha fama entre todos los de

la tribu, y pocos son los que dexan de cumplimentarle, manifestándole de mil modos su estimacion y respeto.

Quando muere un Kucy colocan su cadáver, despues de ciertas ceremonias supersticiosas, sobre una especie de tabladillo hecho á modo de unas parrillas, y encendiendo fuego por debaxo le secan perfectamente, despues de lo qual le envuelven en una tela que tienen reservada para estos usos, y le entierran; teniendo cuidado de llevar á la sepultura una parte de quantos frutos y flores se cogen en aquel año que

fálleció el sugeto.

Las viudas tienen la penosísima obligacion de pasar un año entero sobre la sepultura de su esposo, y sucede muchas veces que este obsequio las cuesta la vida; pero si tienen la felicidad de que no las perjudique tanto esta ridícula ceremonia, entónces el dia último de aquel término va toda la parentela á sacarla de tan asqueroso lugar, y la llevan á su antigua casa, donde celebran un expléndido banquete.

Así concluyó Don Fernando la relacion de las costumbres de los

Kucys, tan á buen tiempo que fué quando llegamos á la posada donde hicimos medio dia.

CONVERSACION II.

Nido de la abeja tapicera. — Particularidades que presenta cierta clase de abispas. — Abispas de América, llamadas cartoneras. — Modo como la hormiga-leon coge los insectos de que se alimenta.

Luego que concluimos la moderada comida que permite una mala posada, tomamos el coche, y como habiamos tenido tan divertida la

mañana no nos descuidamos en renovar la conversacion, siendo Don Severo el que la suscitó de este modo.

DON SEVERO.

Miéntras hemos estado á la mesa apénas he atendido á la conversacion de vmds., acordándome de la dilatadísima vida de aquellos animalillos de que nos habló esta mañana Don Cárlos.

DON CARLOS.

Mucho me alegro de que mis noticias hayan merecido la atencion de vmd.

DON SEVERO.

No es por bien tanto favor,

señor Don Cárlos, y aquí viene bien el refran, *por su mal le nació la fruta al árbol*. Dígolo porque aunque me divertí con lo que vmd. nos contó, aun mucho mas me divertí con la esperanza de lo que nos puede contar; con que vea vmd. como resulta en una verdadera molestia suya la memoria mia. Pero ántes de que pasemos adelante, quisiera pedir á vmd. que ya que ha querido contribuir á la diversion de todos con el fruto de sus leyendas; y ya que parece se ha dedicado particularmente á la historia natural, nos contase alguna cosa de la industria de los insectos,

He oido tales maravillas de ellos, que casi he estado tentado á creerlas unas graciosas fábulas, á no ser porque tienen la autoridad de muchos y muy juiciosos observadores, y porque ademas, la misma razon aboga en su favor, pues si bien son admirables las operaciones de estos pequeños seres, nada es imposible al que los crió á ellos y á nosotros.

DON CARLOS.

Es muy juiciosa la reflexion de vmd., y muy propia de su carácter. Los insectos vienen á ser en la naturaleza lo que las miniaturas en el noble arte de la pintu-

ra: quanto mas pequeño es el círculo de una caxa, de una sortija, &c., tanto mas admirable nos parece el retrato que encierra, y tanto mas aplaudimos la diestra mano que supo formar tantas y tan bien dirigidas líneas en un espacio que apénas parece capaz de recibir dos pinceladas sin que una á otra se confundan. Así con razon ha preferido vmd. á todos los ramos de la preciosa historia natural el de los insectos como el mas digno de la atencion de un curioso, y quizás tambien como el mas ignorado; pues en nuestra lengua castellana ha sido poquí-

simo lo que de ellos se ha escrito. Y viniendo ahora á la tentacion que vmd. tuvo de creer fábulas las maravillas que de su industria se cuentan; es preciso advertir que el Criador de todas las cosas dió á todos los animales, desde el hombre hasta el último individuo de la escala animal, aquel grado de inteligencia (sea instinto ó sea lo que se quiera llamar) que le es necesario para aquel género de vida á que le destinó. Asi los dió á todos instrumentos proporcionados para sus necesidades, armas ofensivas y defensivas, acomodadas á los enemigos que mas

de cerca los atacan; y finalmente les proveyó de quanto necesitaban para conservar la vida, siendo esto tan cierto que basta considerar el cadáver de un animal para decidir, sin riesgo de equivocarse, qué clase de alimentos tomaba, qué género de vida era la suya, &c., &c. De este modo será bien que admiremos la industria de los animales, no por ser suya, sino para elevar nuestras almas á bendecir al que se la dió, y con esta reflexion, hija de la misma verdad, admirarémos sus nidos, sus astucias y los demas frutos de su industria; pero no los extrañarémos, ni nos

arrojarémos á decir esto es imposible, y esto es muy extraordinario; pues nada hay extraordinario ni imposible para el supremo Criador del orbe.

No quiero decir por esto que no haya algunas fábulas entre muchas verdades. La naturaleza, y mas particularmente el ramo de los insectos, ha tenido mas poetas que historiadores. Han sido pocos los que han querido ceñirse á escribir lo que han visto; y no solo lo que han visto una vez, sino lo que han exâminado con atencion; pues la mayor parte de los escritores, pareciéndoles que no era bas-

tante admirable la verdad por sí misma, añadiéron un poquito de su propia invencion llevados del deseo de ser tenidos por hombres de un mérito superior á los demas; pues hallaban y veian en tal ó tal cosa mucho mas que los otros viéron y halláron en ella. Por esto es necesario irse con mucho tiento en estas cosas, y no conceder ni negar ántes de exâminar bien quién lo dixo, quándo lo dixo, y cómo lo dixo: es decir, si el autor es hombre de buena nota y buenos conocimientos, si escribió lo que por sí mismo vió, y despues de haberlo bien exâminado, y última-

mente; si se valió para pintarlo de un lenguage pomposo, pues entónces hay que cortar todas las flores retóricas, y borrar todos los rasgos de de una imaginacion acalorada para encontrar los legítimos frutos de la verdad.

Y no crea vmd., señor Don Severo, que es inútil esta última advertencia; pues hay muchos escritores que pintando las obras de los animales, y analizando sus operaciones, les han dado un grado de inteligencia acomodada á su capricho, y les han hecho obrar y pensar como obrarian y pensarian los mismos escritores que estan

describiendo sus costumbres. Han visto, por exemplo, que un páxaro da un silvido ó grito, ó lo que sea, quando se van acercando los cazadores, y que á esta voz levantan el vuelo los demas páxaros, y huyen léjos de la tropa que los buscaba; y debiendo decir los páxaros huyen porque la voz del primero los llamó la atencion, y viéron á los cazadores, dicen que aquel páxaro estaba de centinela, y que teniendo á su cargo la seguridad de todos, grita para que se pongan en salvo; en lo qual es menester suponer que los páxaros se reuniéron, nombráron á uno

que los guardase, conociendo el riesgo que corrian; este se encargó de cuidar de todos, y convino con ellos en la señal del aviso, &c., &c.; cosas todas que suponen una serie de ideas y de reflexîones que ningun filósofo de buena razon puede admitir en los animales. Vean vmds. aquí los peligros que hay en leer ciertas obras que de esto tratan; pero como ya es demasiado filosófica la conversacion, baste lo dicho en este punto; pues quizás tendrémos ocasion de tocarle otra vez miéntras duren nuestras conferencias y nuestro viage; y voy á divertir á

vmds. con algunas noticias que he tomado de los mas juiciosos escritores, y que sin riesgo alguno pueden creerse y admirarse.

DON FERNANDO.

Amigo mio, celebro oir hablar á vmd. de ese modo; pues me hace conocer que ha leido con fruto, y que tiene los sentimientos propios de un filósofo christiano. Oigamos, pues, las noticias que nos va á contar, que ya desde aquí las doy por buenas y muy curiosas.

DON CARLOS.

Sin que sea vanidad, puedo decir á vmd. que no se ha engaña-

do si así lo piensa, pues las noticias que prometo contarles pueden suplir muy bien, en quanto á lo maravilloso, por los cuentos de encantadoras que tanto nos gustan en la primera edad; y sino, díganme vmds.: ¿no parece una invencion, y no una verdad, el que haya insectos, que no contentos con excabar sus nidos, los adornen con tapices, y tan bonitos como los puede tener el hombre mas poderoso de la Asia?.. ¿No es esto muy extraño?

DON SEVERO.

Lo es tanto, que necesito acordarme de la introduccion que vmd.

ha puesto para no decír abiertamente que es una fábula. ¿Peró qué insecto es el que hace esos tapices, ó dónde los busca, y quién se los acomoda en su habitacion?

DON CARLOS.

Ella misma, señor Don Severo, es quien sabe acomodar en su nido esta preciosa colgadura; pues por esta habilidad se ha dado á esta mosca el nombre de *abeja tapicera*, y adquiere los materiales en el gran tesoro de la naturaleza. Quando se ve uno de estos nidos, causa admiracion el verle todo colgado de una tapiceria del mas hermoso raso carmesí, tendida so-

bre las paredes de aquella cuevecilla, del mismo modo que lo estan los tapices sobre las de nuestras habitaciones; pero aun con mas aseo y mejor gusto. Y no tan solo está así adornado lo interior del aposento, sino que tambien se extiende hasta afuera á la distancia de dos ó tres líneas de la boca del nido; pues la abeja tapicera es tan amante del luxo, que quiere que hasta la entrada de su habitacion tenga el mayor adorno.

Pero ya estarán vmds. impacientes por saber á dónde ha ido á buscar nuestra abeja su rica tapiceria; pues sepan vmds., que la

compone de pedacitos de amapolas. Nadie la negará que tiene buena eleccion; pues en ninguna fábrica de tapices se da un color de carmesí mas vivo ni mas permanente. Veamos ya la construccion de su nido, y sigamos en su trabajo á nuestra industriosa obrera.

Supongan vmds, que para alojarse abre perpendicularmente en la tierra un agugero que tiene cerca de tres pulgadas de profundidad, y hasta unas siete ú ocho líneas de diámetro (bien que en estas dimensiones hay mucha diferencia, segun és mas grande ó mas

pequeña la abeja que ha de alojarse), que va ensanchándose por grados desde la boca. Hecho ya este trabajo, pasa inmediatamente á cubrir sus paredes, cuya operacion es de las mas dificiles y admirables.

Muchas veces habrán vmds. visto que las amapolas estan agugereadas; pues sepan que estos agugeros son los que ha hecho la abeja tapicera, para cortar las cortinas que ha de poner en su habitacion. Con efecto, sabe cortar con mucha destreza en los petalos de la amapola unos pedacitos ovalados que agarra con sus pierne-

citas y lleva á su cueva. Estas cortinas llegan ya muy arrugadas; pero la abeja sabe extenderlas, desdoblarlas, y aplicarlas á las paredes del nido con un arte maravilloso.

No se contenta con poner una tapicería sencilla, sino que emplea dos órdenes de petalos; es decir, que extiende dos cortinas una sobre otra; y lo hace con tanta pulcritud, que quando los pedacillos que ha traido son demasiado grandes para el sitio que deben ocupar, sabe cortar lo que sobra, y sacar este retal fuera de su habitacion, en donde no

quiere que haya nada superfluo.

Adornado así el aposento, le llena la abeja de una *papilla* ó pasta que hace como las demas abejas hacen la miel, y con el fin de que sirva de alimento al gusanillo que vá á nacer. A este hijo querido es á quien se destinan tantos cuidados; pues la abeja no ha cubierto su nido, ni ha tenido el trabajo de cortar los pedacillos de los petalos de las flores por atender á su propia comodidad; sino que lo ha hecho con el fin de que los granillos de arena que podian desprenderse del agugero, se detengan en los pedaçitos de ama-

pola, y no se mezclen con la pasta que ha de alimentar á su hijo. Así sucede; pero aquí repetiré lo que dixe á vmds. arriba: los granos de arena no se mezclan con esta pasta, ni la inutilizan, porque se lo impiden los pedacitos de amapola; pero quizás la abeja no los habrá puesto con esta deliberada intencion; sino que lo ha hecho así en virtud de aquel instinto que la concedió el Criador; y es, como en todos los animales, proporcionado á sus necesidades.

Habiendo dicho que en este nido hay una especie de miel, es inútil añadir que habrá muchos in-

sectos que soliciten disfrutar de este alimento que les es sumamente sabroso; pero la abeja ha recibido toda la instruccion necesaria para precaver este riesgo; y si queremos ver quan exâctamente la hace, no tenemos mas que poner una piedrecilla sobre la boca del nido, á fin de que nos indique el lugar en que se halla. Volvamos despues de algunas horas á aquel parage; ¿y quál será nuestra admiracion quando levantemos la piedra y no veamos rastro alguno de semejante nido? ¿Qué se ha hecho, pues, esta habitacion construida con tanto artificio, y adornada con tanto

órden? Todo ha desaparecido, y ni siquiera se descubre el mas mínimo vestigio. ¿Quál es, pues, este misterio? Vedlo aquí. . . . .

. . . Apénas la abeja ha depositado su huevecillo en aquella pasta, arranca de las paredes las extremidades de los petalos que estaban pegados á ella; esto es, descuelga sus tapices, los dobla sobre la pasta, y la envuelve del modo que nosotros formamos un cucurucho de papel. Así la pasta y el huevo se hallan metidos en un saco de flores: solo la resta á la abeja llenar el espacio que resulta desde el saco hasta las paredes del nido;

y esto es lo que executa con una actividad maravillosa, y con tanta exâctitud, que nadie puede conocer el lugar donde estuvo el nido.

DON SEVERO.

Amigo, dígole á vmd. que no he oido jamas cosa mas prodigiosa; y que no exâgeró nada quando nos dixó que las historias que nos tenia prevenidas podrian muy bien ocupar el lugar de los cuentos de encantamientos.

DOÑA CLARA.

A lo ménos son mejores estas que aquellos, pues tienen á su favor el caráeter de la verdad.

DON CARLOS.

¿Pues ven vmds. esta admirable industria de la abeja tapicera? pues á mi parecer es un insecto muy ignorante en comparacion de cierta clase de abispas. Estas hacen sus nidos en el suelo, y los suelen ahondar tanto, que á veces tienen mas de dos pies de profundidad; pero tambien es cierto que se excusan lo mas que pueden de cabarlos por sí mismas, aunque lo saben hacer muy bien; sino que si hallan el alojamiento de algun *topo*, se oprovechan de su trabajo, y fixan en él su morada. Este nido se compone de una galería mas

ó ménos tortuosa y larga que conduce á la puerta de la pequeña ciudad subterranea ; y la llamo ciudad porque estas abispas viven en sociedad, y mútuamente trabajan en las labores que se dirigen al bien general ; lo mismo que lo hacen las abejas comunes, y otros muchos animales. Esta gran cabidad ó galería, que como he dicho suele tener hasta tres pies de profundidad, es la mas propia para poner aquella poblacion á cubierto de sus enemigos; pero sin embargo, ya ven vmds. que el agua de las lluvias que penetra la tierra, llegaria al fin hasta los nidos de las

abispas, y los inutilizarian del todo. Sentado este gran inconveniente, quiero que me digan vmds. ¿con qué cosa les parece que cubren sus nidos estas abispas?

DON FERNANDO.

Supuesto que los hán de cubrir, pondrán una porcion de palitos ó pajitas, como forman sus nidos las aves.

DOÑA CLARA.

Poca defensa era contra el agua, que todo lo cala: yo apuesto á que los cubren con muchas hojas, que llevarán á aquel sitio.

DON SEVERO.

Desde luego que no hacen tal

cosa; sino que pues nos dice Don Cárlos que trabajan en comunidad, arrastran alguna piedrecilla que tape la boca interior de la cuevecilla, y quite la entrada del agua.

DON CARLOS.

Tan diferentes son las opiniones de vmds. como distantes de la verdad. Sepan vmds. que no resguardan sus nidos con palos, ni pajas, ni hojas, ni piedras; sino con una cubierta hecha de un papel muy singular. Con este papel hacen una especie de tejas, y la colocan de tal modo, que forman una multitud de bóvedas puestas unas sobre otras, en términos de

componer un fuerte recinto de casi pulgada y media de grueso. Ya se conoce desde luego que la humedad que penetre por qualquiera de las bóvedas superiores, ha de quedar detenida por las inferiores mucho mejor que si estuvieran simplemente colocados los papeles unos sobre otros, pues los espacios intermedios detienen los progresos de la humedad, y facilitan la evaporacion.

DON SEVERO.

Pero, señor, ¿dónde está la fábrica de ese singular papel de que vmd. nos habla? Aquí creo que no podrá vmd. decir lo de la abeja

tapicera; que ella es el oficial y el dueño de su obra. Hacer papel es cosa superior á las fuerzas de un insecto.

DON CARLOS.

Pues sin embargo, sucede aquí lo mismo que en la historia de la tapicera. Conozco que la voz papel ha inquietado á vmds., y con razon; pero si no lo han por enojo, sepan que las abispas han poseido, desde que fuéron criadas, el arte de fabricarle; y los hombres hubieran podido aprender de ellas esta invencion tan útil, de que se glorían los modernos. Vean vmds. cómo se componen. Van á buscar

maderos viejos que han sufrido por mucho tiempo la inclemencia de las estaciones, y estan ya carcomidos. Con sus agudos dientes cortan los menudos filamentos de estos maderos, los mascan, humedeciéndolos con su saliva hasta que los reducen á una delicadísima pasta. Hacen de ellas unas bolitas; y agarrándolas entre sus patillas, las llevan á su habitacion. Allí, sin mas instrumentos que sus patas y sus dientes, convierten estas bolitas en unas láminas planas con que forman sus bóvedas.

DON SEVERO.

Amigo, cosa es esa capaz de sorprehender al hombre de mas penetracion. Pero ya veo que nada hay que extrañar, sabiendo que donde lo han aprendido ha sido en la escuela de la naturaleza; y de esta universidad salen discípulos muy aprovechados.

DON CARLOS.

Ven vmds. esta obra admirable, pues sepan que el trabajo de estas abispas es como la obra de un principante, respecto de lo que hacen las abispas de América, llamadas *abispas cartoneras.*

DON FERNANDO.

Nos va vmd. acostumbrando á oir cosas admirables, de modo que casi estoy tentado á creer que esas abispas americanas tendrán el nombre de cartoneras porque trabajan en carton.

DON CARLOS.

Y no se engañará vmd. si lo asegura. Su nombre indica que solo trabajan en carton; y por mas extravagante que les parezca á vmds. esta idea, es incontestable que el carton que ellas fabrican tiene una blancura, y una consistencia que no puede ménos de admirarse á poco que se las observe. Va-

mos á ver el uso que de él hacen: construyen su colmena en una especie de caxa de carton, que tiene la figura de una campana, la qual cuelgan firmemente por su extremo superior á la rama de un árbol. Hay algunas de estas campanas que tienen pie y medio de largo, y su boca está cerrada por una superficie convexâ del mismo carton con solo un agugero redondo; única puerta de toda la máquina.

Los panales que ocupan su interior, estan distribuidos en pisos ú órdenes como los de nuestras abispas subterraneas; solo que no

estan sostenidos como aquellos por una especie de pilares, sino que forman cuerpo con la misma caxa, y tocan inmediatamente á sus paredes. Pero no crean vmds. que solamente es el fondo de las celdillas de los panales el que forma el techo ó la parte superior del edificio sobre que andan las abispas; pues tienen la precaucion de construir un techo muy firme, debaxo del qual colocan las celdillas que tienen la boca tambien hácia abaxo. Estas celdillas no son planas, sino que todas tienen la misma convexidad que la tapa que cubre la caxa, de modo que cada

techo en particular, al mismo tiempo que sirve para separar aquel piso ú órden de celdillas, es tambien una verdadera tapa que dexa la caxa resguardada, aun quando por algun accidente se inutilice la tapa general que cubre la obra.

No sé si podré explicarme de modo que vmds. me entiendan. Nuestras prudentes cartoneras quieren que siempre esté cerrada la caxa quando estan trabajando en la construccion de sus panales. Figúrense vmds. esta caxa quando solo tiene dos panales: entónces es muy corta, y las abispas quieren

trabajar en prolongarla y aumentar el número de sus panales. Para esto prolongan los bordes de la caxa: los hacen baxar por debaxo de la tapa; y por el borde inferior de la parte prolongada construyen una nueva cubierta convexâ como la anterior, que ya se ha convertido en un techo, baxo el qual fabrican nuevas celdillas. Este techo conserva la abertura redonda, que ántes era la puerta de la colmena, y que ahora sirve para mantener la comunicacion de un piso á otro. Así mútuamente cada puerta general sirve luego de particular; y si se inutilizan al-

gunos órdenes de panales, queda como puerta general la que lo era particular. No me parece que puede darse mayor prevision ni mayor habilidad.

DON SEVERO.

Qué quiere vmd. que le respondamos, sino que Dios es admirable en todas sus obras.

DON FERNANDO.

Ya veo que no han ido muy descaminados los que al pintar semejantes maravillas se han dexado arrebatar del entusiamo poético, y han pintado la cosa de modo que casi han dado los animales las mismas ideas que tienen los

hombres. Este es un error; pero en términos parece algo disimulable.

DOÑA CLARA.

Señores, dexémonos de filosofar; el señor Don Cárlos parece que tiene un buen fondo de estas noticias; y que su memoria no dexa de ayudarle. Oigamos, pues, alguna otra miéntras llegamos á la posada, que ya no puede estar muy distante.

DON CARLOS.

Con mucho gusto serviré á vmds.; pero les advierto que esta tarde he hecho yo solo el gasto de la tertulia; y que las leyes

de equidad piden que todos trabajemos.

DON SEVERO.

Oigamos la nueva historia que ha de concluir el buen rato que vmd. nos proporciona; y en quanto á lo demas, el viage es largo, y todos contribuirémos en quanto podamos al plan que nos hemos propuesto.

DOÑA CLARA.

Eso sí: prosiga el señor Don Cárlos, que mañana será otro dia.

DON CARLOS.

Lo dice vmd. de un modo que ya concibo ciertas esperanzas de que nos previene alguna cosita gra-

ciosa, como la diferencia entre el amor y la galantería.

DOÑA CLARA.

Allá se verá lo que sea.

DON CARLOS.

Pues de ese modo voy á cumplir con mi encargo, y será refiriendo algunas particularidades del insecto conocido con el nombre de hormiga-leon.

DON SEVERO.

¡Hombre de Dios, y qué nombre tan retumbante; y mas alto, sonoro y sinificativo que el que buscaba Don Quixote para llamar á su caballo!

DON FERNANDO.

En efecto, reune dos ideas las mas opuestas: el nombre de hormiga promete un individuo de pocas fuerzas y ménos talla, y el apellido leon indica un animalon corpulento y terrible. Yo no sé cómo pueden convenir ambat cosas á un mismo sugeto.

DON CARLOS.

Vmds. juzgarán si la denominacion es ó no impropia.

La hormiga-leon se aloja entre la arena mas seca que haya en el campo, en la que caba un hoyo en forma de embudo, y á su fondo se mantiene como en es-

pera ó emboscada para atrapar los animales que la han de servir de alimento. La pobre tiene la desgracia de no poder andar sino hácia atrás, y así es indispensable que se valga de trampas para coger sus presas, y entre estas son las demas hormigas el principal objeto de sus esperanzas. Generalmente permanece oculta entre la arena; ya sea que descanse en el fondo de su cueva, ó ya que mude de lugar, nunca presenta mas que el extremo de su cabeza. Esta es quadrada, aplastada, y armada de dos cuernecillos movibles, en forma de corchetes, muy delga-

dos y fuertes; cuya singular estructura admira á quien los considera al microscopio.

La forma de este insecto en general es semejante á la de la cucaracha, y su cuerpo montado sobre seis piernas y terminado en punta se compone de una serie de anillos puramente membranosos.

He dado así por mayor estas noticias anatómicas porque nos son necesarias para entender el modo con que trabaja, pues no tiene mas instrumentos que las partes de que se compone el todo de su cuerpo.

Quando la hormiga-leon ha de cavar su habitacion, comienza tra-

zando en la arena un surco circular, cuya línea señala la abertura ó boca de la cueva, habiendo siempre una relacion entre la extension de la boca y la profundidad del hoyo. Trazado el primer surco circular pasa á trazar el segundo concéntrico con el primero; y ya podrán vmds. conocer que su fin será levantar toda la arena comprehendida en el recinto del primer surco. Imaginémonos un cono de arena, cuyo diámetro sea igual al del recinto, y cuya altura sea la misma que la profundidad que debe tener la cueva. Esta masa terrible es la que tiene

que levantar nuestro insecto; y lo consigue sin mas auxîlio que el de su cabeza, de la que se sirve como de una pala, pues ya dixe á vmds. que es quadrada y aplastada; forma que corresponde muy bien á las funciones que ha de desempeñar.

Para cargarla de arena se sirve de una de sus primeras patas; y luego que se conoce con suficiente carga, la sacude con mucho ímpetu fuera del recinto señalado. Esta maniobra se executa con una prontitud asombrosa, pudiéndose decir que un jardinero no sabe emplear con mas destreza su

azadon que nuestra industriosa hormiga su cabeza y sus patas.

Casi no es necesario añadir que las sucesivas operaciones solo deben ser unas repeticiones de la primera. Así la hormiga traza nuevos surcos siempre concéntricos con el primitivo, va disminuyendo convenientemente el diámetro de cada uno, y el animal va descendiendo y penetrando en lo interior del terreno.

Sin embargo, en el trabajo de esta hormiga hay una circunstancia que no debemos despreciar. Solo carga su cabeza con la arena encerrada en el recinto del surco que traza

actualmente, y desde luego parece que la seria igualmente fácil cargarla con la arena que está á la extremidad del surco, pues la pierna que corresponde á aquella parte es capaz de desempeñar las mismas funciones que la otra. Pero el animal parece que conoce que para cavar su embudo debe extraer solamente la arena comprehendida en el recinto ó area del surco; y así únicamente la pata que corresponde á esta area es la que está en accion, y la otra permanece de reserva para quando esta se cansa, en cuyo caso la hormiga atraviesa la area en línea rec-

ta, y comienza un nuevo surco en direccion contraria al que estaba formando.

Sucede muchas veces que cavando su hoyo encuentra nuestra trabajadora algunos granos de arena demasiado gruesos, ó piedrecillas, ó costras de tierra seca, cosa que tiene mucho cuidado de no dexar dentro de su hoyo, pues podrian servir de escalones á los insectos que quisieran huir de la trampa que les está preparando. Para evitar este peligro, carga con estos obstáculos sobre su cabeza, y con un movimiento rápido y perfectamente combinado los

arroja fuera del hoyo. Mas hay ocasiones en que halla cuerpos demasiado pesados, y ya no puede arrojarlos con su cabeza. Entónces se sirve de otra maniobra harto particular. Sale enteramente fuera del hoyo, y caminando hácia atrás se dirige al obstáculo que la incomoda; llega á él, hace esfuerzos para meter por debaxo su cuerpecillo, lo consigue, carga con él sobre su espalda, y manteniendo diestramente el equilibrio mediante los movimientos prontos y alternados de los anillos de que dixe á vmds. se compone su cuerpo, lleva la piedra ó el obstáculo

hasta una buena distancia del hoyo, y dexándole allí, vuelve á continuar su trabajo. La mayor fatiga es quando halla este inconveniente en ocasion que tiene muy adelantada su obra; entónces, ya ven vmds. que necesita subir con una carga por una cuesta muy pina, y así la acontece muchas veces el que el cuerpo que va á sacar se escurre al mejor tiempo, y pierde la obrera el fruto de su industria. Pero ella no se desanima por esto, vuelve á cargar con él, y tiene tanta constancia en sus empresas, que el observador que nos ha conservado esta noticia que

doy á vmds., asegura haber visto á una hormiga-leon perder seis veces seguidas su carga, y volver otras tantas á cogerla, hasta conseguir sus deseos.

En fin, ya nuestra hormiga tiene concluido su hoyo; ha preparado la trampa contra los insectos y las demas hormigas comunes, y está en acecho como buen cazador. Entónces el animalillo, que viene á pasar cerca de la boca del embudo, cae por lo comun adentro, pues como los bordes estan muy movedizos, y son muy pendientes, se desmoronan con facilidad, y cae una buena porcion de arena,

llevando consigo á la incauta víctima. Inmediatamente la hormiga-leon la coge con sus cuernecillos, la sacude hasta atolondrarla, la entierra entre la arena, la chupa muy despacio la sangre, y quando está satisfecha, saca el cadáver fuera del embudo, repara el daño que han sufrido sus bordes al caer la presa, y se pone á esperar la venida de otra nueva víctima.

Mas tambien suele suceder que el insecto que cayó en la trampa sea demasiado ágil, y quiera escaparse. La hormiga leon no puede alcanzarle, pues no puede correr;

pero valiéndose de la pala que tiene en su cabeeza, tira arena sobre el fugitivo hasta que logra aturdirle y hacerle caer de nuevo en el hoyo.

Pero nada de esto es comparable con el furioso combate que tiene que sostener contra una especie de araña que hay muy particular. De este hablaré á vmds. quando me vuelva á tocar mi turno, pues ya estamos en el pueblo donde hemos de hacer noche, y no podemos hablar mucho en el corto distrito que hay hasta la posada.

DON SEVERO.

Demasiado breve se me ha he-

cho el camino; pero á bien que en casa nos quedamos. Miren vmds. ya la puerta de la posada: Dios quiera que encontrémos todas las comodidades necesarias para el descanso.

CONVERSACION III.

Extraño personage que encontráron en la posada, y las respuestas que dió á varias preguntas que le hiciéron. — Almanak de la diversion, que puede servir para todos los años.

Parece que la fortuna estuvo oyendo la súplica de Don Severo; pues no solo nos deparó una posada muy razonable, y una cena

muy regular, sino que tambien nos suministró materiales para tener muchos ratos divertidos. Fué el caso que quando estábamos en la mesa, oimos en la cocina tal estrépito de palmadas y risotadas, que parecia que la casa se venia abaxo. No podiamos atinar con la verdadera causa de aquel alboroto, quando vimos entrar á una de las criadas de la posada. Venia á servirnos un plato; y traia la cara tan regocijada que no pudimos dudar que habia sido expectadora del lance que tanto daba que reir á todos. Preguntámosla el motivo de aquella alegría general, y nos

dixo que acababa de llegar un *Astrogolo* muy hábil que sabia conocer por las estrellas lo que habia de suceder á los hombres, y que se lo estaba diciendo á los caleseros que nos conducian, y á otra mucha gente que se habia juntado en la cocina al ruido de la extraña habilidad de aquel hombre.

Hizonos reir mucho la inocencia de nuestra huéspeda, que creia buenamente en las patrañas de aquel *Astrôgolo*, como ella le llamaba, y á quien desde luego graduamos por un refinado charlatan que sabia sacar un partido ventajoso á la grosera ignorancia de a-

quellas gentes; pero sin embargo de esta idea, que no hacia mucho favor al señor Astrólogo, no pudimos resistir á la tentacion de verle, siendo Doña Clara quien mas nos animó á ello. Levantámonos de la mesa, y fuimos á la cocina, donde hallamos un raro personage, flaco, alto, y mal vestido, que tenia á sus pies unas malas alforjas llenas de papeles, y que con gentil continente, y mesurado semblante, estaba diciendo la buena ventura á una de las muchachas que servian en la posada, y lo hacia en estos términos.



Que en tu mano hay una raya
sinbolo de gran pesar.

Si esta mano que me das
no se la das á ninguno,
quizás podrás hallar uno
á quien dársela podrás.
Quando le halles cuidarás
que no te dexe y se vaya,
que en tu mano hay una raya,
símbolo de gran pesar,
y no te podrás casar
sino te tienes *á raya.*

Desde luego que nadie entendió el significado de estos equívocos, aunque todos se riéron mucho, y celebráron la décima de aquel figuron.

En quanto á nosotros, conocimos muy bien que aquel hombre sabia mas que lo que aparentaba; pero que en él podia mas la necesidad que el talento. ¡Ah quántas veces los hombres de un verdadero mérito escriben, no lo que saben escribir, sino lo que necesitan escribir! Don Severo nos hizo advertir los equívocos de la décima: en efecto, aquella muchacha, si nó se tomase ciertas libertades que quizás habria presenciado el mismo que pronosticaba su casamiento, podia hallar alguno á quien diese la mano de esposa, con tal que aquella mano no se la diese á nin-

gunos, y si esto sucedia, debia tener cuidado con que no la llegase á conocer quien por esposa la quisiese; pues si no tenia á raya sus depravadas inclinaciones, fomentadas quizás con malos exemplo, era imposible que jamas se llegase á casar.

Miéntras así reflexionábamos, ya nuestro Astrólogo se disponia para dar una prueba de su habilidad Habia prometido responder á quantas preguntas se le hiciesen, con tal que le diesen quatro quartos por cada una. Todos habian convenido en el ajuste, y ya el nuevo oráculo estaba sentado, no sobre

un tripode como los antiguos vaticinadores de la Grecia, sino sobre un banco tan mal aparejado, que era menester mayor habilidad para sostenerse en él, que para responder á la qüestion mas dificíl. Todos nos acomodamos como mejor pudimos, y se dió principio á aquella extraordinaria academia.

Muchas y muy ridículas fuéron las preguntas que le hiciéron los caleseros y algunos arrieros que estaban presentes; pero todas tan groseras y tan propias de los que las hacian, que no me cuidé de conservarlas, solo sí diré que sus respuestas nos hiciéron conocer que

allí habia mas fondo que el que se aparentaba. Por esto, y queriendo contribuir por nuestra parte á la diversion de la tertulia, y tambien para tener algun derecho á hacer lo que habiamos pensado, quisimos exercitar un rato la habilidad del señor Astrólogo de la necesidad.

Entre las varias preguntas que hicimos, pondré algunas que conservo en la memoria.

DOÑA CLARA.

— Dígame vmd., ¿en qué se parecen los cocineros á los murmuradores?

ASTROLOGO.

En que de todo saben hacer platillo.

DON FERNANDO.

¿Y los boticarios á los soldados?

ASTROLOGO.

En que deben tener muchos espíritus.

DON SEVERO.

¿En qué se parecen los medrosos á los zapateros?

ASTROLOGO.

En que estan llenos de cerote.

DOÑA CLARA.

¿Qué semejanza encuentra vmd.

entre los peluqueros y los ancianos?

ASTROLOGO.

La principal cosa en que se parecen, es en que ambos peynan canas.

DON CARLOS.

¿Y los cocheros á los aduladores?

ASTROLOGO.

En que llaman señores y caballeros á quantos tienen delante.

Por último, le dimos el dinero que importaban sus respuestas, y algo mas, á lo qual añadimos la fineza de convidarle á cenar; cosa que admitió como aquel que

lo necesitaba. Llevámosle con nosotros, mandamos cubrir de nuevo la mesa, y nos proporcionó tan buenos ratos miéntras duró la cena, que no pudimos ménos de darnos la enhorabuena de haberle convidado.

Don Severo, que por su edad y carácter hacia veces de nuestro gefe, y estaba en cabecera de mesa, le preguntó adónde caminaba. Voy á Sevilla, dixo el Astrólogo; porque no tengo bastante dinero para ir á Madrid, donde si fuera me prometia juntar algunos quartos con ciertas obrillas que llevo escritas, y guardo en estas

alforjas, que son mi biblioteca y mi tesoro.

¿Tan buenas son esas obras, repuso Don Severo, que se promete vmd. venderlas al instante, y hacer con ellas su fortuna? Lo son tanto, dixo el pobre hombre, que algunos sabios hay que las apreciaran si fueran suyas. No ha dicho vmd. nada con decir eso, replicó Don Severo; pues el amor propio suele figurarnos que son gigantes nuestros hijos, aunque sean unos ridículos pigmeos; bien así como al contrario juzgamos enanos los hijos agenos, aunque en la realidad sean unos verdaderos

gigantes. Y me parece que en un siglo tan ilustrado como este en que vivimos, donde tanto y tan bueno hay escrito, es demasiada presuncion asegurar que se han de despachar estas obras. Será lo que vmd. quiera, dixo el Astrólogo; pero lo cierto es que mis obras son tan buenas como muchas que corren con grandes créditos, y que las sé hacer todavia mucho mejores si hubiera quien me las pagara. Y porque no crean vmds. que me alabo por ignorancia, sepan que estos elogios que á mí mismo me doy, son necesarios, aunque parezcan ridiculos. Sé que la

alabanza en boca propia es un verdadero vituperio; mas tambien sé que en el estado en que estoy, y en el trage en que me veo, nadie me ha de alabar, si yo mismo no me alabo. Sucede con la ciencia lo que con las piedras preciosas. Pónese un diamante una muger ordinaria, y quantos ven el anillo juzgan que es una piedra de Francia; pero pónese una sortija de piedras de Francia una Duquesa; y á buen seguro todos dirán que son unos hermosos diamantes. Tanto puede en nosotros la primera impresion de las cosas, que nos basta ver una cosa exqui-

sita en un sugeto qualquiera pa-
ra decidir que es una cosa muy
comun ; y no podemos figurarnos
que una cosa comun esté en po-
der de un alto personage. Así es
que si mis conocimientos se halla-
sen en un hombre condecorado, to-
dos los elogiarian ; pero en un po-
bre como yo, las mas altas ver-
dades serán conceptos muy comu-
nes. Y porque vean vmds. que no
exâgero, y tambien porque les es-
toy agradecido al favor que me
han dispensado, quiero leerles al-
gunos borradores que ahora van
llenos de polvo en unas alforjas,
y quizás andando el tiempo ven-

drán á verse enquadernados en hermoso tafilete, y ocupando un lugar distinguido en la biblioteca de algun poderoso. Y no habrá que admirar que así suceda; el buen Cervantes vivió tan pobre que él mismo asegura que una vez no tuvo para pagar el porte de una carta que le entregó el cartero, y ahora se hacen inmensos gastos para reimprimir sus obras con el mayor luxo.

Diciendo y haciendo comenzó á desatar legajos y á leer los títulos de varias obrillas que llevaba en borrador. Entre otros que trataban de asuntos serios, elegimos

un legajo que decia: *Almanak de la diversion, que puede servir para todos los años.* A mí particularmente me chocó tanto este título, que poniendo la mano encima del legajo rogué á su autor me le vendiera por su justo precio. Quedóse admirado de mi propuesta, y viendo que hablaba formal, apénas podia contener su gozo. Hizo de repente su composicion de lugar, pidióme veinte duros, y pareciéndome que en este cálculo habia atendido mas á su necesidad que al mérito de la obra, añadí algunos mas, que le entregué al instante, y quedé por

dueño absoluto del extraño Almanak.

Mis compañeros de viage tenian muchas ganas de oir lo que contenia este papel; y yo por complacer á todos se lo devolví á su autor, rogándole que nos le leyese; pues como estaba en borrador, nadie podia hacerlo con mas comodidad.

En efecto, mi buen Astrólogo, lleno de regocijo por aquella venta inesperada, sacó unos anteojos, arrimó hácia sí el mugriento velon que nos alumbraba, y dió principio de este modo á la lectura de su mamotreto, cuyo ex-

tracto pongo aquí, pues he juzgado oportuno suprimir ciertas cosas que venian bien en un tomo separado, y aquí parecerian, y con razon, como fuera de su lugar.

Almanak de la diversion, que puede servir para todos los años; escrito en el de 1805, por Juanillo, *natural de una ciudad, y vecino de la que le mantiene.*

(1) Este es el año de 1805 de la Era Christiana.

De la creacion del mundo 7004.

Del Diluvio universal el 4762.

(1) Parece inútil advertir que todas estas noticias estan arregladas contando hasta el año de 1805; y que así deben añadirse á estos números los de los años siguientes, para que este Almanak pueda servir para todos, como dice su título.

De la Fundacion de Roma el 2558.
De la de España el 4049.
De la de Madrid el 3974.
De la Correccion Gregoriana el 223.

Noticia del tiempo que hace se fundáron algunos Cuerpos insignes, y que se descubriéron varias cosas que en el dia nos proporcionan utilidad y diversion.

La plausible Universidad de Salamanca se fundó en Palencia 605 años hace, y se trasladó á la ciudad de Salamanca hace 574 años.

La Universidad de Alcalá de He-

nares tiene 307 años de antigüedad.

La de Valladolid 459.

La antiquísima Universidad de Huesca 1881.

La Real Biblioteca de S. M. 93.

Hace 3308 que se comenzó á usar el vino en las comidas.

3319 que se inventáron los pesos y medidas.

1394 que se conocen las campanas.

1360 que se comenzó á moler el trigo en molinos.

305 años hace que se conocen los reloxes de fraltriquera, que en su principio se llamáron hue-

vos de Nuremberg, porque *Pedro Hele* los fabricó la primera vez en Nuremberg, y les dió la forma ovalada por los años de 1500; pero segun parece, fué en el de 1577 quando comenzáron á hacerse comunes en Alemania y en Inglaterra.

586 años ha que se usan en el comercio las letras de cambio.

(1) 365 años ha que se descubrió el arte de la imprenta: Hernan Cortés la estableció en México el

(1) Esto es suponiendo que su invencion fuese el año de 1440, como afirman la mayor parte de los autores que de esto tratan; bien que no faltan otros que digan fué el de 1450.

año de 1524. El primer privilegio de impresion que se conoce fué dado el año de 1489 para un tratadillo, cuyo título es *nosce te ipsum.*

Hace 375 años que se hiciéron comunes las estampas: ántes de éste tiempo eran sumamente raras. La estampa mas antigua que se conoce representa la Pasion de nuestro Redentor, y fué hecha el año de 1440; y el primer libro que se publicó en Francia, adornado de estampas, fué el año de 1488.

174 años hace que se comenzáron á publicar las gacetas; las

primeras fuéron en Venecia, y tenian este nombre porque por leerlas se pagaba una monedilla de muy poco valor, que se llamaba *gaceta*.

175 años hace que se arregláron los correos públicos; pero su invencion parece que tiene ya 287 años.

256 años ha que se construyéron los primeros pozos de la nieve.

244 años ha que se usa el tabaco.

152 años que se inventáron las rentas vitalicias; cuyo inventor fué un italiano llamado *Lorenzo Tonti*, y por esto se llamáron por mucho

tiempo *Tontinas.* = Al oir esto dió una carcaxada Don Severo, diciendo: nombre perfectísimo, y el que mejor puede convenir á unas rentas que parece han tenido por objeto fomentar la holgazaneria de los tontos. Todos celebramos el dicho, y nuestro literato prosiguió así su lectura.

Los maypes se inventáron en España hace 475 años. Fuéron tantos los perjuicios que ocasionáron, que el gobierno los prohibió 57 años despues de su invencion. Lo mismo hizo en Francia Cárlos V; pero volviéron á usarse en el reynado de su sucesor Cárlos VI con el

pretexto de divertir al Rey en los intervalos de la demencia que padecia. Las figuras que representan no son tan ridículas como á primera vista parecen; pues sin duda se hiciéron para ridiculizar los trages mas comunes de aquellos tiempos.

Alto ahí, dixó Doña Clara; y con licencia del señor literato quiero comunicar á vmds. una aplicacion graciosa que hacia de la baraja un enamorado.

Este tal, que todo lo referia á sus ideas amorosas, decia que en la baraja hallaba una leccion para gobernarse en sus empresas. Los oros le representaban el di-

nero, con quien se vencen los imposibles; las copas le figuraban la alegría, que tan necesaria es para agradar al bello sexô; las espadas el valor que ha de acompañar á un amante para defender á su dama, y deshacerse de los rivales que pueda tener en sus pretensiones; y los bastos la serenidad con que debia mirar los desdenes y desayres del amor, recibiéndolos, como suele decirse, *con cara de palo.*

Nuestro Astrólogo continuó leyendo la lista cronológica de sus curiosidades.

Los alfileres tienen ya 262 años

de antigüedad, y los primeros se hiciéron en Inglaterra: esta invencion fué muy útil á las damas; pues ántes se servian de unos punzoncillos de madera, que no podian ménos de serlas muy incómodos.

Los alemanes hiciéron tambien á principios del siglo XVII otra invencion no ménos útil á las cocineras, y fué la de los fuelles para soplar la lumbre.

Las bayonetas, armas inventadas en la ciudad de *Bayona*, de la qual toman su nombre, cuentan ya 135 años de antigüedad; y el primer regimiento que hizo

uso de ellas, fué uno de fusileros que creó Luis XIV, Rey de Francia.

Otras muchas noticias leyó, que no me han parecido tan dignas de saberse, y así las he omitido: luego que las concluyó hizo una breve pausa para tomar aliento; y viendo nosotros que la obra era larga, y la noche estaba ya muy adelantada, le aconsejamos nos leyese únicamente los puntos mas interesantes, reservando lo demas para mejor ocasion. Parecióle muy bien la propuesta, y hojeando y registrando, eligió estos capítulos.

Noticias históricas de las principales festividades que se señalan en el Kalendario (1).

Como este es un Almanak perpetuo, no será fuera de propósi-

(1) No se crea que estas noticias estan tomadas de ningun archivo, ni que tenemos la ridícula vanidad de presentarlas como cosas escudriñadas con harto trabajo. Las hemos tomado de un libro que compuso Gerónimo Cortés, y se imprimió el año 15 del siglo pasado. Quizás habrá muchos que extrañen ver citado un libro tan conocido al lado de otros que verdaderamente son poco comunes; pero nosotros

to dar alguna idea del objeto con que la Santa Iglesia estableció las principales festividades que celebramos; pues estas cosas son bastante curiosas, y aunque mil veces han sido impresas, no han llegado á noticia de muchos que las ignoran.

El Adviento fué instituido por San Pedro en memoria de la venida del Señor al mundo. Dura por espacio de quatro semanas no

nos lisonjeamos de tomar los frutos que se nos presentan, sin pararnos en que el árbol que los produce haya nacido en nuestro terreno, ó se cultive en la China.

completas, pues la última no se concluye porque significa la gloria que se dará á los Santos y Bienaventurados en el Cielo. Aunque cayese la Natividad en Domingo, no por eso se cumplen las quatro semanas; pues la vigilia del Sábado, ya no pertenece al Adviento, sino á la festividad siguiente.

Las quatro Témporas fuéron establecidas por el Papa San Calixto para que en los quatro tiempos del año ofrezcamos al Señor la mortificacion del ayuno.

Las Letanías se celebran dos veces al año. Las primeras, que son el dia de San Marcos, se llaman

mayores, y fuéron establecidas por San Gregorio Papa con motivo de una gran peste que hubo en Roma, llamada inguinaria, porque consistia en unos tumores que se manifestaban en las ingles. Las segundas Letanías, llamadas menores, fuéron establecidas por San Mamerto, Obispo de Viena de Francia, con ocasion de los grandes terremotos que en su tiempo se experimentáron.

Noticia de los doce meses del año.

El mes de Enero se llama así por haber sido consagrado al Dios

Jano, que se veneraba en Roma. Otros quieren que este nombre se derive de la palabra latina *janua*, que significa puerta, porque este mes abre las puertas del año; su signo es aquario. Entra el sol en este signo comunmente el 21 de este mes; y desde que entra hasta que sale, crece el dia una hora.

Los que quieran vivir con economía deben hacer en este mes la provision de aceyte.

Febrero se llamó así por el Dios Februo, ó por la Diosa Juno, que tambien era conocida con el nombre de Februa. Su signo es

Piscis. Comunmente entra el sol en el dia 19; y desde que entra hasta que sale crece el dia hora y media.

En este mes se deben comprar las legumbres, potages, pescados y escabeches.

Marzo: se llama así por haber sido consagrado al Dios Marte: su signo es Aries. Entra el sol en él á 21 de este mes, y desde entónces hasta que sale crece el dia hora y media.

En este mes conviene comprar ganados de todas especies.

Abril: tuvo este nombre porque en este mes parece que la tierra

abre sus senos para brotar las flores que la adornan. Su signo es Tauro, donde por lo comun entra el sol á 20, y miéntras está en él crece el dia una hora.

Mayo tiene su nombre de la Diosa Maya. Su signo es Géminis; y en él entra el sol poco mas ó ménos el día 21, y hasta que sale crece el dia hora y media.

Los ecónomicos deben hacer en este mes la provision de carbon, leña y queso.

Junio por la Diosa Juno, ó en memoria de Junio Bruto. Su signo es Cáncer, entra en él el sol comunmente el dia 22, y hasta que

sale mengua el dia media hora.

Julio: pusiéronle este nombre por Julio Cesar: su signo es Leon, donde por lo comun entra el sol el dia 22, y miéntras está en él mengua el dia una hora.

En este mes deben comprarse los zapatos y botas para todo el año.

Agosto: fué llamado así por Augusto: su signo es Virgo, donde entra el sol regularmente el dia 24, y hasta que sale mengua el dia hora y media.

Setiembre: diéronle este nombre por contar las séptimas lluvias desde las de Marzo: su sig-

no es Libra: entra en él el sol por lo comun el dia 23, y hasta que sale mengua el dia hora y media.

Octubre: se llamó por las octavas lluvias: su signo es Escorpion, donde entra el sol hácia el dia 24, y hasta que sale mengua el dia una hora.

Noviembre: llamóse así tambien por las novenas lluvias: su signo es Sagitario, en el qual entra el sol comunmente el dia 22, y en este tiempo mengua el dia una hora

Ultimamente, Diciembre tiene tambien así su nombre por contarse en él las últimas lluvias des-

de las de Marzo: su signo es Capricornio, donde entra el sol comunmente el dia 22, y desde que entra hasta que sale crece el dia media hora.

Todos teniamos sueño, y así se concluyó aquí la lectura del manuscrito.

Venida la mañana nos juntamos para desayunarnos; y sabiendo que el pobre astrólogo no iba á Madrid por falta de dinero, le brindamos con un asiento en nuestro coche, prometiéndonos muy buenos ratos con su compañía. No se hizo de rogar; y ya nos disponiamos á tomar el coche quando vi-

no la hija del ventero á que mi buen Juanillo la dixese la buena ventura, lo qual reusó altamente, considerándose ya en distinto estado al que ántes tenia, y por lo mismo en términos de aspirar á cosas mas altas.

En adelante verémos que no le saliéron fallidas sus esperanzas, ni aun á nosotros las que habiamos concebido de que nos habia de ser útil y divertida su compañía.

CONVERSACION IV.

Carazan: cuento oriental. — Noticia de una célebre escultora. — ¿Qué es lengua, y qué es lenguage? Diferencia que hay entre estas voces. — Lee Doña Clara un romance que compuso.

Apénas salimos de la poblacion, y cesó el maldito movimiento que ocasiona la desigualdad

del empedrado, quando emprendimos nuestras acostumbradas conferencias. Don Cárlos dió cuenta al nuevo tertuliante del fin que nos habiamos propuesto, y añadió una ligera relacion de los puntos que habiamos tocado para empeñarle á contribuir á la diversion de todos en la parte que pudiese. Ofrecióse á ello con mucho gusto, y aun desde luego hubiera comenzado á decir alguna cosa, á no ser porque el mismo Don Cárlos le previno que Doña Clara tenia alguna noticia que comunicar á la tertulia, segun habia prometido el dia ántes.

Con este recuerdo no pudo excusarse Doña Clara; y dixo así.

Señores, mi sexô me servirá de disculpa si en vez de contar á vmds. cosas iguales á las que aquí se han oido, voy á divertir el camino con un simple cuento. A la verdad, para alternar con el señor Don Cárlos era menester mas talento que el que tengo, y mas instruccion que la que por lo comun logra una muger; pero pues confieso la desigualdad de fuerzas, y desde luego me miro como vencida, espero que vmds. usarán con moderacion de la victoria, y me disimularán que llame su atencion

para escuchar un cuento.

Sin embargo, el que me propongo referir merece alguna atencion por hallarse en uno de los periódicos mas beneméritos (1) de quantos se publican en Europa, y tambien porque es muy poco conocido, á lo qual se añade la circunstancia de ser una imitacion de los cuentos orientales que sin disputa estan siempre escritos con mucha gracia.

Un comerciante de Bagdad, llamado *Carazan*, era tan celebrado

(1) Bibliot. Britan. tom. 10. Literatura.

por su avaricia como por su opulencia. El brillo de sus riquezas contrastaba con la obscuridad de su nacimiento, lo mismo que la luz del relámpago que sale del seno de las tinieblas. Sus tesoros eran el fruto de su actividad, de su industria y de su infatigable trabajo. Todos le daban el título de hombre de bien, y contaban para apoyar esta opinion algunos rasgos de generosidad que habian precedido á la época de su fortuna. Pero bien sea que el trato con los hombres le hubiese enseñado á desconfiarse de ellos, ó bien fuese que el amor al oro hubiese extinguido

el amor que ántes tenia á sus próximos, ó últimamente, que su orgullo hubiese crecido á proporcion de sus riquezas; lo cierto es que quantos mas bienes acumulaba, ménos sabia hacer uso de ellos. Habia adquirido la proporcion de hacer felices á sus semejantes, y habia perdido el deseo. El invierno de la vida habia emblanquecido ya sus cabellos, y el yelo de la edad parece que habia penetrado hasta su corazon, poniéndole insensible á los dulces sentimientos de la virtud y beneficencia. Carazan se negaba absolutamente á desempeñar los deberes de la hospi-

talidad. (1) Su mano estaba cerrada para los menesterosos; pero en recompensa de esto desempeñaba exâctísimamente las prácticas de su religion, jamas dexaba de asistir á la mezquita las horas acostumbradas. Habia hecho tres veces el viage de la Meca, porque temia la censura de los hombres, aunque no cuidaba de grangearse su estimacion. La piedad, que tiene su orígen en el amor de Dios, y

(1) Los que tengan alguna noticia de quán sagrado es entre los orientales el derecho de la hospitalidad, conocerán que este es el mayor defecto que podia tener Carazan.

su apoyo en el amor de nuestros semejantes, reune en sí las virtudes mas nobles, que son la gratitud y la beneficencia. Asemeja al hombre á la divinidad: obtiene el aprecio de los hombres sin buscarle; atrae hácia sí los corazones de todos, y recibe en esto su mas dulce recompensa. Pero la falsa devocion, que no es animada por los verdaderos sentimientos de religion, y que no produce virtud alguna, solo excita el desprecio de todos: es como aquellas plantas estériles que no dan flores ni frutos, y que pisamos en el campo, sin volvernos jamas á acordar de ellas.

Quando Carazan iba á la mezquita, todos fixaban sobre él la vista; pero á estas miradas no acompañaba ninguna demostracion de respeto ni cariño. Los mendigos, que con sus clamores, excitaban la compasion del pueblo; callaban quando pasaba Carazan junto á ellos; y un silencio de desaprobacion y disgusto reynaba en todas partes donde se presentaba este avaro.

Tal era su vida, y tal la opinion general que de él se tenia quando se divulgó por la ciudad que la casa de Carazan estaba abierta para todos: su mesa pre-

venida para los pobres, y él mismo pronto á recibir con el mayor cariño á quantos le necesitasen. Inmediatamente todo el pueblo acudió á su casa. Carazan, rodeado de sus conciudadanos distribuia por su mano el pan entre los hambrientos, y daba diversas ropas á los desnudos. Sobre su frente brillaba una dulce alegría, y las lágrimas de sensibilidad inundaban sus ojos.

Entretanto el pueblo contemplaba con admiracion esta repentina mudanza que parecia milagrosa; un murmullo de elogios y aclamaciones corria entre la mu-

cha gente que habia acudido, y se propagaba y resonaba hasta lo último de la calle como el trueno, que sonando entre las peñas de un solitario monte, se ve repetido y prolongado por las voces de los ecos.

Carazan hizo señas de que iba á hablar á sus conciudadanos; y al instante se advirtió un profundo silencio, del qual aprovechándose él satisfizo de este modo la curiosidad de todos.

A aquel cuya poderosa mano levanta las montañas, y encierra en su seno los fuegos que conmueven la tierra; al Todo Pode-

roso y todo misericordioso sea dada eterna gloria. El ha hecho al sueño ministro de sus designios. Una vision del cielo ha mudado mi corazon. Esta noche pasada, miéntras yo calculaba los productos de mi comercio, y miéntras me aplaudia del aumento de mis riquezas, un profundo sueño se apoderó de mis sentidos, y la mano del que habita en el tercer cielo se extendió sobre mi cabeza. Ví al angel de la muerte venir hácia mí con la rapidez del rayo, y me hirió ántes que pudiese temer el golpe: en el mismo instante sentí que una mano invisible me ar-

rancaba de la tierra, y que era transportado al traves de la atmósfera. Nuestro globo se me figuraba un pequeño átomo: las estrellas brillaban al rededor de mí, y las tenia tan cerca, que su luz me parecia superior mil veces á la del padre del dia: pusiéronseme delante las puertas del paraiso; y quedé deslumbrado por una luz tan viva, que ningun ojo humano hubiera podido sufrir. La irrevocable sentencia iba á ser pronunciada: habia ya concluido el tiempo de mi vida; nada podia satisfacer por mis malas acciones, ni ménos podia añadir una nueva á las bue-

nas que habia executado. Quando el pensamiento de la eternidad ocupó mi alma, quando ya ví decidida mi suerte para siempre sin que ningun poder humano pudiese mudarla, me abandonó toda la confianza que pudiese haber tenido en mis propios méritos. Permanecí lleno de confusion, mudo, yerto y temblando. Entónces de en medio de aquella luz brillantísima salió una voz que pronunció estas palabras.

Carazan: tu culto me ha sido desagradable porque tu propio interes era el móvil de tus acciones. No levantabas tus ojos al cielo

con gratitud, ni los volvias con bondad hácia tus hermanos. El vicio y la locura de los hombres te servian de excusa para negarte á socorrerlos. ¡Ah! ¿por qué no acusas de injusta la liberalidad de los cielos? ¿Adónde podria el sol despedir sus rayos? ¿adónde podrian las nubes destilar las fecundas lluvias, ni la hermosa primavera esparcir sus flores, ni distribuir el liberal otoño los dorados granos, si todos estos favores se hubiesen de dar á quien supo merecerlos, y no los hubiesen de disfrutar el insensato y el vicioso? Acuérdate, Carazan, de que has cerrado tu

corazon á la misericordia, y de que has juntado tus riquezas con mano de hierro. Para tí solo has vivido; y así desde este momento; y para siempre vivirás solo. Serás desterrado léjos de la luz del sol y de la sociedad de todos los seres. La soledad prolongará las pesadas horas de tu desesperacion, y la obscuridad agravará el horror de tu suerte. — »

Al instante me ví arrojado por un poder secreto é irresistible al traves del brillante sistema de la creacion; y en un instante corrí por toda la multitud

de mundos (1). Acercándome á los límites de la naturaleza ví espesarse delante de mis ojos las sombras eternas del vacio sin límites... ¡Terrible y espantosa region! Morada eterna del silencio, de la obscuridad y de la noche.

A la vista de este pais del horror, se apoderó de mí un espanto inexplicable, y con toda la ve-

(1) Es inútil advertir que todas estas imágenes de este desgraciado avaro eran conformes á las ideas que tenia. Creia, como muchos otros pueblos, que cada estrella tiene sus habitantes, y así dice que atravesó por medio de *todos los mundos*, hasta ir á dar al *vacio*.

hemencia de mi deseo exclamé involuntariamente de este modo. ¡Ah! ¿por qué no habré sido condenado á habitar la mansion horrible de la impenitencia y el crímen? mis tormentos hubieran sido ménos crueles porque no los hubiera sufrido solo, y por lo ménos las mismas llamas que me abrasaran me hubieran dado el alivio de la luz. ¡Oxalá hubiese sido destinado á habitar en un cometa que una vez cada diez siglos hubiese pasado en su giro por delante de las regiones de la luz y de la vida! la tarda esperanza de estos cortos y dilatados alivios hubiera

sostenido mi valor en los terribles intervalos de la obscuridad, y estas vicisitudes de tinieblas y de luz hubieran convertido *en tiempo* lo que verdaderamente es *eternidad.*

Entretanto llegué á perder de vista la última de las estrellas, y murió para mí la última chispa de la luz. Las angustias de mi desesperacion crecian á proporcion que me alejaba del último de los mundos habitados, y este cruel pensamiento vino á coronar mis tormentos. Consideraba que aunque estuviese corriendo millones de años, apartándome de toda la naturale-

za, y zambulléndome, por decirlo así, en aquel abismo de obscuridad, seria siempre arrojado mas léjos, mas léjos; todavia mas léjos, y para siempre, para siempre, porque los límites de aquellas sombras eran los de la eternidad. Pensando en los horrores de mi situacion, extendí mis brazos hácia las regiones de la existencia con una emocion tan violenta que bastó á restituirme el uso de mis sentidos, rompiendo las cadenas de aquel sueño tan terrible, y tan útil para mi enmienda.

Así es como viéndome separado del trato de los hombres apren-

dí á apreciar su compañía como el mayor de los bienes. La generosidad ha llegado á ser mi único norte. Tengo necesidad de comunicar á los demas mis riquezas para tener el placer de saber que las tengo, porque en la soledad espantosa á que creia haber sido condenado para la eternidad de los tiempos, la compañía del menor de mis semejantes que en el orgullo de mi prosperidad me hubiera sido insufrible, allí me parecia mas preciosa que el oro del Africa y los diamantes de Golconde.

Despues de esta reflexion calló

Carazan, y levantó sus ojos al cielo con un éxtasis de gratitud y de piedad. Todos los presentes quedáron sumamente contentos al ver su mudanza, y la útil leccion que los daba este exemplo; y el Califa, á quien inmediatamente diéron parte de este suceso, mandó que se hiciese público por todo el territorio de su dominio.

Acabó su cuento Doña Clara, y todos nos apresurámos á tributarla los elogios que merecia: con este motivo se trató de lo mucho que gana una muger con cultivar su entendimiento. Las gracias naturales del sexô, que por sí son

tan apreciables, crecen sobremanera quando se las añade la instruccion y las bellezas de las ciencias, así como por el contrario parece que se borran quando las tinieblas de la ignorancia cubren la hermosura de su rostro, y hacen sombra á los dones que concedió tan liberalmente la naturaleza á esta hermosa mitad del humano linage.

Hablando de esto ibamos á citar algunas mugeres que se han distinguido por su ingenio y estudio; pero el Astrólogo no quiso que se citase ninguna de las antiguas, y dixo así.

ASTROLOGO.

Dexémonos, señores, de resucitar muertos para animar á los vivos, quando por nuestra fortuna aun hay en el mundo sugetos que excitan nuestra admiracion, y merecen nuestros elogios. Fuera de esto, los exemplos pasados no tienen tanto poder sobre nosotros como los presentes, y así voy á citar á vmds. una dama, que si acaso ya no existe habrá muy poco tiempo que ha fallecido, pues los papeles públicos de Inglaterra acaban de publicar sus elogios en estos mismos términos; pues cabalmente tengo en el bol-

sillo una copia de la nota que insertáron; y que traduxe con otro intento.

Mistriss Damer, que desde que falleció Horacio Walpole habita en Strawberryhill, á orillas del Tamesis, es quizás una de las personas mas extraordinarias de este siglo. Aunque dotada de belleza, y adornada de todas las gracias propias de su sexô, jamas ha hecho aprecio de estas ventajas, que por lo comun suelen estimar las damas en mucho mas de lo que valen. Dedica todo su tiempo al estudio, y en particular á la práctica de la escultura, su arte fa-

vorito. Ningun artista, precisado á ganar su subsistencia con sus manos es mas industrioso ni mas aplicado que esta señora, distinguida por su nacimiento, por sus gracias y por sus bienes. Pasa los dias enteros en su quarto, vestida con una ropa grosera, y con el cincel en la mano, trabaja en dar al mármol las formas mas encantodoras, y sus obras pueden competir con las mas admirables que nos presentó la antigua Grecia. Entre otras se hace particular elogio de una águila que tiene la autora en su casa, obra executada con tal maestría que ha.

merecido que se ponga en el pedestal que la sostiene esta inscripcion, que sin duda es la mas lisongera.

Non me Praxiteles fecit, at Anna Damer.

DON CARLOS.

No hay duda ninguna que una dama que reuna en sí las dos bellezas, esto es, la del alma y la del cuerpo, será un verdadero prodigio para todos; pero volviendo al cuento oriental de mi señora Doña Clara, observo en él una cosa que me admira. Esta es comun á todas las obras orientales, y consiste en la concision de las

sentencias, y en la sublimidad de los pensamientos: bien es verdad que su lengua les favorece mucho para estas gracias del lenguage.

DON SEVERO.

Lengua y lenguage ha dicho vmd., y lo ha acertado en no confundir estas dos cosas, que son muy distintas.

DON FERNANDO.

Sin embargo, hay muchos que las confunden, y yo quisiera saber con exâctitud qual es el verdadero significado de estas voces.

DON SEVERO.

Veré si puedo complacer á vmd.

recopilando acá en mi memoria un discurso que se leyó en el instituto nacional de Francia, hace muy poco tiempo.

Su autor intentó dar á conocer la superioridad que tiene el lenguage sobre la lengua, y quiso probar que el lenguage es atrevido, expresivo, y *excéntrico*; como por el contrario, la lengua es débil y tímida: que aquel es ilimitado, así como lo son nuestras necesidades, que preside á todas las artes y oficios; que es tan rico, como pobres son nuestros diccionarios; que es el verdadero amigo del órden, y de la vida so-

cial; y que teniendo en sí todos los recursos para ser independiente, puede romper á veces las trabas que le quieren poner los gramáticos.

El lenguage tiene su acento propio y peculiar al clima, y este acento contribuye á su riqueza, y le dan una gracia y una variedad particulares, miéntras que la lengua es un objeto de perpetuas disputas, un oceano de caprichos, y un campo abierto al pedantismo.

El lenguage es el alma de la palabra; pero la lengua gramatical no es sino el cuerpo. ¿Qué

cosa es la palabra, sino la reunion de todos los sonidos distintos y articulados á los que sujetamos nuestros pensamientos? ¿cómo se han de imponer leyes á estos signos rápidos? Si nuestros diccionarios pudiesen copiar nuestros gestos ó nuestras miradas quando pronunciamos algunas palabras, bien pronto darian á tales y á tales distintos significados de los que ahora tienen.

Parece que el lenguage entre los hombres es la única y verdadera lengua; que no está sujeto á la casualidad ni á las alteraciones á que está sujeta la lengua; que

es el único legislador de sí propio, y que jamas se le puede traducir con exâctitud; lo qual, mas que ninguna otra cosa, prueba su dignidad y su mérito. Ademas de esto, el uso es el árbitro supremo de las lenguas, las palabras son casi todas hijas de la casualidad ó del capricho, establecidas por el uso ó la necesidad, y desterradas, renovadas ó alteradas por solo el gusto de los hombres: la moda particularmente exerce sobre las lenguas el imperio mas tiránico; y así se ve que sin ningun fundamento envejecen unas palabras, y vuelven á ponerse en

uso pasados algunos años con la misma razon que se olvidáron. ¡Quán distinto es el lenguage! testigo fiel del talento de los hombres, se presta á sus verdaderas necesidades, es el mismo en todos tiempos, y hace circular sin trabar las ideas familiares á cada nacion.

El lenguage solo es el que constituye la verdadera diferencia entre las diversas lenguas del universo. El es quien anima las estátuas de los héroes; y da vida y hace entender las frases que no pueden ser pronunciadas. El lenguage destierra al instante todo lo

que es obscuro, dudoso, y no dexa al rededor de sí sino aquello que tiene un sentido claro, y constante. — "La claridad del len-
»guage (dice el autor de esta me-
»moria) vuela por los campos,
»y sube hasta la cumbre de los
»montes en alas de los alegres zé-
»firos... la pompa, que tanto in-
»fluxo tiene en algunas lenguas,
»y que hace pronunciar palabras
»vastas y altisonantes para nom-
»brar cosas harto despreciables,
»no tiene lugar en el lenguage.
»Simplicidad, claridad y viveza
»son sus verdaderos caractéres."

Mucho se ha dicho acerca de

la preeminencia de las lenguas, unos la dan á las lenguas muertas, otros á las vivas, y entre estas aun está dudosa la victoria. ¿Quién, pues, podrá resolver el problema? El lenguage solamente. Desde la lengua que se habla á la lengua que se debe hablar, esto es, desde la lengua que se usa á la lengua perfecta, hay un gran espacio, y el lenguage es quien le ocupa. Al paso que se vayan haciendo progresos en las ciencias, y se vaya aumentando el número de nuestros conocimientos, se conocerá mejor la grandeza y excelencia del lenguage, y su influxo so-

bre la mutabilidad de las lenguas, tendrá el efecto que debe tener, sin que ningun hombre se dedique expresamente á procurarlo.

Ultimamente, el lenguage es el estilo musical de las lenguas. Todos los gramáticos del mundo no bastan ni bastarán para representar el acento; pues siempre se escapará de las trabas de los signos. Por la formacion de la voz todo se hace claro y distinto, miéntras que nuestros pedagogos han hecho de la gramática un caos espantoso. El aldeano habla, y habla segun sus necesidades, todo lo explica, y no omite cosa algu-

na que pueda convenirle; pero ¿quál seria su confusion si no pudiese hablar sino colocando primero en su pensamiento las partes de la oracion, segun la distribucion que de ellas han hecho los gramáticos?

DON CARLOS.

Todo eso conviene precisamente con mis ideas. El lenguage es ciertamente dueño absoluto de sí mismo, desprecia las reglas de los gramáticos, y él solo es quien se sirve de modelo. De aquí es, á mi parecer, que aquellos pueblos, cuyo lenguage nos encanta, son precisamente los que ménos culti-

van las reglas gramaticales. Y no se me ha de decir por eso que en otro tiempo estuvo allí la gramática en su mayor auge; pues aunque esto sea verdad, tambien lo es que los que ahora usan aquel lenguage, tienen enteramente olvidados los principios de sus mayores.

DON FERNANDO.

Y añada vmd. á eso, que por lo general las mejores expresiones del lenguage, y que mas impresion hacen en el corazon, son enteramente opuestas de los preceptos de los gramáticos. Carazan dice en el cuento que ha referido

mi hermana. — "Que acercándose á los límites de la naturaleza, vió espesarse delante de sus ojos las sombras eternas del vacio sin límites." — Un gramático hallará aquí tantos disparates como palabras: dirá que las sombras no se espesan; criticará la expresion *delante de mis ojos*, diciendo que es un pleonasmo, y que habiendo dicho *ví*, no hay que añadir mas, pues ya se sabe que el órgano de la vista no está en las orejas ni en las narices. Así Carazan, en boca de uno de estos gramáticos, hubiera dicho *al salir de las regiones habitadas vi las sombras que ocu-*

pan el vacío, y aun quizás hubiera borrado el verbo *ocupan*, diciendo que lo que ocupa tiene cuerpo, y como las sombras no le tienen, no pueden ocupar ningun lugar. Pero de qualquier modo que acomodase á los preceptos de su gramática esta enérgica expresion ¡qué hubiera quedado! ¡quán poco daria á entender la grandeza del objeto que se quiere pintar!

DON SEVERO.

En este punto quien padece mas es la hermosa poesía. Como sus imágenes son tan superiores, y como el fuego del poeta dista tanto de la tranquilidad del gra-

mático, jamas se pueden convenir estos dos partidos, y los gramáticos no cesan de condenar á los poetas estando como en acecho para atrapar qualquier extravio; y apénas hallan uno, quando como si hubiesen logrado una señalada victoria, le entresacan, y separado de su verdadero lugar, donde tenia toda la belleza que resulta en el todo de la buena disposicion de las partes, le van enseñando, y aun añaden sus chistes satíricos, y por lo comun triviales para hacerle parecer mas ridículo.

ASTROLOGO.

Vean vmds. aquí el verdadero secreto para escribir quantos periódicos se quieran. Aprender un poco de gramática, comprar un diccionario, y echarse á hallar lunares en los rostros mas hermosos; quiero decir, encontrar defectos en las obras de los mejores poetas.

DON CARLOS.

¿Y quál poeta estará sin millones de defectos, si á cada verbo que usa se ha de ir al diccionario á ver si está en su verdadera significacion? Quien quiera ver una cosa graciosísima en es-

te punto, lea la erudita respuesta que dió Don Ramon Fernandez á los que criticáron al Divino Figueroa. Pocas cosas hay escritas con tanta gracia como este papel que está inserto en el tomo IX de la coleccion de poesías españolas.

DOÑA CLARA.

Segun veo, la gramática es una cosa que sirve para muy poco.

DON SEVERO.

No señora. La gramática es una cosa tan útil que nadie debe ignorarla; pero al mismo tiempo, ninguno debe sacarla fuera de sus verdaderos límites.

ASTROLOGO.

Esa es la verdadera idea, que se debe dar de la gramática; pero á lo que parece, entre nosotros hay algunos aficionados á las musas.

DON CARLOS.

Todos somos muy servidores de esas señoras, y ó yo me engaño mucho, ó todos hemos echado nuestro traguito en la fuente Helicona.

DOÑA CLARA.

Todos ménos yo, señor Don Cárlos.

DON FERNANDO.

Tiene razon mi hermana. Apo-

lo siempre la ha mirado con rostro ayrado; mas sin embargo, yo sé que ha compuesto alguna cosa, y no hace muchas horas.

DOÑA CLARA.

Gracias á Dios que no somos solamente las mugeres las que no sabemos guardar un secreto.

DON SEVERO.

Señorita, en otro tiempo se dixo. *Mi amigo es Platoni; pero mas amiga es la verdad*, y su señor hermano de vmd., segun este consejo, ha sacrificado el secreto y el cariño de vmd. en las aras de la verdad. Y pues ya está hecha la traicion, gocemos de sus

frutos, y díganos vmd. que composicion es de la que trata.

DOÑA CLARA.

Es un romance que compuse burlándome de los zelos y de los amantes enojados; y porque no hay versos que peor parezcan que aquellos que se guardan mucho, vean vmds. aquí mi romance, y luego juzgarán de él como quieran.

ROMANCE.

Mis zelos voy á cantar,
pastores, dadme silencio,
que lo que en mí es alegría,
será en vosotros exemplo.
Y no me tengais por loco

si al compas de mi instrumento,
quando otros sus zelos lloran,
quiero yo cantar mis zelos.

Tambien yo los he llorado,
y los llorara mas tiempo
á no ser tanta mi pena,
que se ha cambiado en consuelo.

Enfermo estuve, pastores,
y hánme curado unos zelos;
preso estuve, y me libráron;
triste, y consuelo me diéron.

Ya sabeis que amé á Marfisa;
en quien pusiéron los cielos
tanta hermosura en el rostro,
como crueldad en el pecho.

Y si fué mi amor locura
bien lo saben mis corderos;

pues mi pasion iba á mas,
quando mi ganado á ménos.
Unos el lobo llevaba,
y otros perdía en los cerros,
pues por pensar en Marfisa
me olvidaba de mí mesmo.
Cautiváronme sus ojos,
y mas valiera, por cierto,
que moros me cautivaran
para llevarme á Marruecos.
Sentábame yo á su puerta
quando se ocultaba Febo,
y el lucero de la autora
me encontraba en aquel puesto.
Allí pasaba las noches,
yo velando, ella durmiendo,
ella abrigada con ropa,

yo del rocío cubierto.

Qualquiera capricho suyo
era para mí precepto;
y son sus caprichos tantos
que tiene fama por ellos.

Mandábame buscar flores
en el rigor del invierno,
y luego en la primavera
las tiraba por el suelo.

Al fin de tantos trabajos
me sacáron unos zelos,
con amargos desengaños,
que ahora son dulces consejos.

Su luz alumbró mi alma
como la del sol al cielo;
pues no hay antorcha mas clara
que un buen desengaño á tiempo.

Ahora que ya he conocido
que aquel mi amor tan sincero
era objeto de sus burlas,
y de su traicion objeto;

Ahora que miro de cerca
la falsedad de su pecho,
á fuerza de sinrazones,
á mi antigua razon vuelvo.

Conozco que es gran locura
vivir un hombre sujeto,
formando agenas cadenas
á fuerza de propios yerros.

Tenga en buen hora Marfisa
sus hermosos ojos negros;
que porque ellos sean hermosos,
no es justo que yo ande ciego.

Envidie el dorado Apolo

las hebras de sus cabellos;
que yo, temiendo sus lazos,
sabré separarme de ellos.

Publiquen todos sus gracias,
con tal de que al mismo tiempo
sepan que las gracias suyas
muchas desgracias han hecho.

Bien haya amen sus traiciones;
benditos sean los zelos,
que si amor me tuvo loco,
por ellos me he vuelto cuerdo.

Nunca volveré en mi vida
á verme al amor sujeto;
nunca volveré á rendirme
á su duro cautiverio.

Sepan todas las pastoras
que no han de hallar en mi pecho,

sino un corazon de bronce,
incapaz de sentimiento.
Sepan que serán mentiras
mis finezas y requiebros,
y las amaré de burlas,
pues que de veras me han muerto.
Sepan que ya las conozco,
y por eso las desprecio;
y en fin, sepan donde llega
un desengaño de zelos.
Esto, que el pastor cantaba,
lo estaba Marfisa oyendo;
y le dixo, no prosigas
esos propósitos necios.
Nunca tienes mas amor
que quando tienes mas zelos;
y los que desprecios llamas,

son favores verdaderos.

¿Qué desengaños has visto,
ni cómo pudiste verlos
si tú mismo has confesado
que te tuvo el amor ciego?

Ahora lo estás mas que nunca;
pues no adviertes, indiscreto,
estos suspiros que arrojo,
ni estas lágrimas que vierto.

Quéjaste de mis caprichos,
y no sabes que ellos fuéron
la piedra donde he sabido
los quilates de tu afecto.

Tambien mi crueldad acusas;
mejor lo hicieran aquellos
que por ser leal contigo,
he sido falsa con ellos.

Vuelve, pastor, á mis brazos,
y agradéceme por cierto
que quando tanto me ofendes
te castigue con un premio.

Afectando algun desvio
se arrojó el pastor en ellos;
y aunque eran brazos de nieve,
resucitáron el fuego.

Muy contento con su dicha,
dixo así á sus compañeros:
olvidad, amigos mios,
quanto cantaba primero.

Aunque estos brazos me engañen,
yo me doy por muy contento;
pues mas vale un amor falso,
que unos zelos verdaderos.

ASTROLOGO.

Por mi vida que desde ahora he de llamar á esta señora la décima Musa. Mucho me alegro de que vaya en este coche quien me ayude en las tareas poéticas; y si, como presumo, todos los que aquí vamos gustamos de las bellezas de Apolo, es preciso gastar en ellas algunos ratos.

DON SEVERO.

Luego tratarémos de eso; pues ahora ya llegamos á la posada, donde todo nuestro cuidado ha de ser comer y descansar.

CONVERSACION III.

Noticia histórica del origen, religion, &c. de los antiguos habitantes de Santo Domingo Cuba, la Jamayca y Puerto-Rico. — Extracto de la obra de Bryan Edwards. — Fiestas que dispuso el Cacique Behechis para obsequiar al hermano de Cristóbal Colon.

Dice el refran que debaxo de una mala capa se halla un buen

bebedor; y esto mismo es lo que nos sucedió con el señor Juanillo el Astrólogo. Su vestido y las primeras muestras que vimos de su talento nos diéron muy malas ideas de él; pero todas se borráron conforme le fuimos tratando. De sobremesa nos contó su historia, que si bien no tenia ninguno de aquellos lances que se admiran en las novelas, no dexaba de ser bastante extraña. Supimos que toda su vida habia sido empleada en el estudio; pero que su desgracia habia sido superior á su aplicacion; y que así se habia visto precisado á valerse de sus conocimientos

de un modo poco decoroso, seguí se habia visto en la posada.

Satisfechos ya de que era hombre capaz de hablar en qualquiera tertulia, le pedimos que contribuyese á la diversion de la nuestra con alguna noticia particular; y él, como agradecido, no pudo excusarse á ello, hablándonos así luego que tomamos el coche.

Si el príncipe de los poetas líricos dexó escrito que solo seria perfecta aquella obra que reuniese lo útil con lo agradable, no puede ménos de ser imperfecta una tertulia donde no se atienda á estos dos objetos. Así me darán vmds.

licencia para que comience á desempeñar mi papel en estas conversaciones, no con unos versos como quizás habrán esperado, ni con una novela como la que nos contó mi señora Doña Clara, sino con una noticia histórica del orígen, costumbres y religion de los antiguos habitantes de Santo Domingo, Cuba, la Jamayca y Puerto-Rico, que por estar sujetos á la bandera española, merecen nuestra atencion mas que otros algunos pueblos.

Estas naciones, que sin duda ninguna todas tienen un mismo orígen, no eran tan salvages como algunos han querido suponer. Tenian

algunos principios de agricultura, hablaban una misma lengua, poseian los mismos conocimientos, y eran unas mismas en todos ellos las supersticiones; todo lo qual está diciendo que venian de un mismo principio. Christóbal Colon lo juzgó así, y despues han confirmado su opinion muchos autores contemporaneos. Igualmente parece, segun el testimonio de *las casas*, que la mayor parte de los naturales de la Trinidad eran del mismo orígen, y que la disposicion del terreno y lo dilatado de esta isla les habia proporcionado un seguro asilo contra las irrupciones

de los Caraibos. Hay quien dice que estos miraban á aquellos pueblos como unas colonias de los Arrowauks, nacion de la Guyana; pero no hay razon para creer que los Caraibos estuviesen en semejante error. El testimonio de Raleign, y de los demas viageros que dos siglos hace visitáron la Gayana y la Trinidad, demuestra claramente que los antiguos habitantes de esta última pertenecian á la nacion de los Arrowauks, pueblo á cuyas buenas prendas han tributado muchos elogios quantos viageros los han recorrido. Lo mas probable es que todas estas nacio-

nes que pueblan esta parte del nuevo mundo, exceptuando únicamente los Caraibos, son originarias del Imperio Mexicano. Juan de Grijalva, uno de los aventureros de Cuba, halló en 1518 en la costa de Yucatan un pueblo que hablaba la lengua de esta isla.

Los historiadores no estan de acuerdo acerca del número de estos isleños quando Christóbal Colon hizo su descubrimiento. Las casas conjetura que ascendian á mas de seis millones. Oviedo hace una rebaxa considerable á este número, y dice que solo era un millon de habitantes los que poblaban aque-

llos paises; y Martir, que escribia por mandado de Colon, solo pone un millon y doscientas mil personas, cuya opinion es quizás la que mas se acerca á la verdad.

Los naturales de estas islas no usaban mas vestido que una especie de faxa de algodon que en las mugeres baxaba hasta cubrir las rodillas. Los niños de ambos sexôs iban enteramente desnudos. Estos pueblos imitaban á los Caraibos en quanto á alterar la conformacion del craneo de sus hijos; pero lo hacian de distinto modo que aquellos. Los apretaban muchísimo la frente, de cuya com-

presion resultaba una mayor elevacion en el occiput. Dice Herrera que esta operacion daba tal solidez, y tanta consistencia al craneo, que quando los soldados españoles descargaban sus golpes sobre la cabeza de aquellas gentes saltaban las espadas sin poder penetrar en el hueso.

Los filósofos modernos han hecho muchas suposiciones sobre la debilidad fisica de aquellos pueblos. Los han presentado como incapaces de ningun trabajo, floxos por naturaleza, y enteramente insensibles al atractivo de la belleza ni á las delicias del amor. Es-

ta debilidad natural ha sido atribuida por algunos autores al alimento que tomaban aquellos pueblos, que se mantenian con vegetales, y otros han querido que estos habitantes habian debido á la naturaleza una disposicion tal, que todos sus apetitos y pasiones eran ménos vigorosas que lo son entre los europeos; pero estas opiniones no tienen algun fundamento.

Es verdad que el rasgo característico que distingue á los Caraibos es la indiferencia con que miran al bello sexô; pero esta insensibilidad no pertenece á nues-

tros isleños, sino que es peculiar de aquellos otros pueblos que son sumamente fuertes y sobremanera voraces.

No es extraño que una nacion que poseia todos los medios de subsistir sin trabajar fuese inclinada á la pereza. Su clima no pide ni vestido ni abrigo, y la necesidad que promueve la accion, y la accion que fortifica al hombre con el exercicio, eran igualmente desconocidas entre ellos; y así eran muy inferiores en fuerza muscular á los que fuéron á conquistarlos.

Igualmente se puede decir del

escaso alimento con que se sustentaban; pues estando acostumbrados á muy poco trabajo, debian contentarse con muy poca comida. Todo esto puede admitirse sin suponer ninguna degradacion en su naturaleza, ni ninguna impresion ménos favorable en el influxo de su clima. En general todos eran sumamente ligeros, tenian una gracia singular en todos sus movimientos, la que particularmente sobresalia en sus danzas. Divertíanse tanto con este exercicio, que destinaban á él noches enteras. Herrera dice que era costumbre entre ellos bailar desde

la noche hasta la mañana, y lo hacian con tal arreglo que aunque á veces pasaban de cincuenta mil personas las que bailaban, parecia que todas eran animàdas de un mismo impulso: guardaban el compas, y le marcaban con los pies, con las manos y con el cuerpo, haciéndolo con tanta exâctitud que causaba admiracion. Estas danzas públicas (porque tenian otras algo mas licenciosas) estaban consagradas á ciertas festividades; llamábanse Ariestoes, y iban acompañadas de canciones históricas.

Tambien tenian un juego llamado Bato. Los jugadores estaban

divididos en dos bandas, y mudaban alternativamente de puesto, arrojándose unos á otros una pelota elástica. Esta pelota no era recibida con la mano, ni despedida con ningun instrumento, sino que la recibian con la cabeza, con el codo ó con el pie, y la despedian del mismo modo con una destreza admirable. Ya se puede conocer que semejante exercicio no es propio de un pueblo tan enervado y tan débil como han querido suponer á este.

Los historiadores no solo los han presentado como inferiores á los europeos en la fuerza muscu-

lar, sino que tambien los han pintado como mas débiles en las fuerzas intelectuales. Esto último carece de todo fundamento. Es innegable que el exercicio es tan útil para las fuerzas físicas como para las intelectuales. Tambien es cosa sentada que el ingenio nunca se excita para satisfacer necesidades que no se conocen, ni para evitar inconvenientes que no se han previsto. Si estos isleños hubiesen llegado á un grado de civilizacion que no se puede admitir en unas naciones salvages, es de creer que en un estado de sociedad que hubiera producido

nuevas necesidades su entendimiento, hubiera sido capaz de llegar á nuevas perfecciones. Sin recurrir á las causas señaladas por los filósofos, hallamos en su misma situacion una razon para explicar en qué consistia lo limitado de sus ideas; pues los hombres que no tienen nada que temer en lo futuro, reflexionan muy poco sobre lo pasado. Pero en recompensa del corto número de conocimientos, tenian unas prendas sumamente apreciables. Los escritores que han pintado su carácter, convienen en los elogios que tributan á sus costumbres, y dicen que practicaban con

mucha exâctitud el mas noble precepto de la religion christiana, que es el perdonar las injurias.

Presentaban voluntariamente sus bienes á los conquistadores, y solicitaban su benevolencia: prevenian sus deseos con tanta sumision y tanto agrado, que parecia cosa increible. Veamos un exemplo de esto entre los muchos que presenta su historia.

Poco tiempo despues de la llegada de Colon á Santo Domingo, padeció naufragio sobre la costa uno de sus baxeles. Los isleños, léjos de aprovecharse de la desgracia de de los extrangeros, cor-

riéron á su socorro con la mayor prisa. Empleáron un gran número de canoas en sacar á tierra la gente de la tripulacion del baxel, y gracias á su actividad no pereció ni uno siquiéra. El historiador Martir, pintando esta accion generosa, dice que ni un hermano respecto de su hermano, ni un amigo con su amigo hubiera podido portarse con mayor actividad ni mas entusiasmo. Otros historiadores añaden, que Guacanahari, Soberano de esta parte de la isla, y testigo de esta escena, viendo que á pesar de los esfuerzos de sus vasallos perecia el baxel sin remedio, se lle-

gó á Colon, y con las lágrimas en los ojos le ofreció todos sus bienes para reparar aquella pérdida.

Siempre que una tropa española se acercaba á una poblacion de ellos, salia á recibirlos el Cacique, ó el mas anciano del pueblo, y los conducia á su habitacion, donde los hacia sentar en sillas de ébano, en señal de respeto. Todos se colocaban al rededor de sus huéspedes, se postraban en su presencia, los besaban los pies y las manos, los presentaban los manjares que juzgaban mas deliciosos, solicitaban que se de-



El Cacique Behechis obsequia al hermano de Cristobal Colon.

Corona dib.º Miranda gr.º

tuviesen con ellos mucho tiempo, y los miraban como hombres de una naturaleza superior á la suya, y cuya presencia santificaba su morada.

Entre las demostraciones de regocijo con que obsequiáron á los españoles, merece particular mencion la fiesta que dispuso el Cacique Behechis para festejar al hermano de Christóbal Colon quando fué elegido Gobernador en ausencia de este.

Antes de llegar al palacio de este Cacique, halláron los españoles treinta mugeres vestidas de

algodon que bailaban, llevando en las manos unas palmas, y cantaban á coros en elogios de los extrangeros. Iban acompañadas de muchas doncellas, cuyos cabellos estaban dispuestos con bastante gracia, ya formando trenzas al rededor de la cabeza, y ya cayendo en bucles sobre la espalda y el pecho. Cada una de ellas presentó al Gobernador una palma, y los españoles, admirados de su gracia, creian ver realizadas las fábulas de las antiguas ninfas.

Entráron despues con esta comitiva en el palacio de Behechis, donde les sirviéron un expléndido

banquete, segun el uso de aquellos pueblos; y quando vino la noche fuéron conducidos á aposentos separados, donde les tenian prevenidas unas buenas hamacas para que descansasen. Al rayar el dia volviéron á comenzar las danzas y los cánticos; siguiéron á estos los exercicios de la lucha y de la carrera; y despues de todo, los isleños figuráron un combate para hacer ver á sus huéspedes el modo con que acometian y se defendian en las guerras contra los Caraibos. Esta fiesta duró tres dias consecutivos, y los españoles se retiráron sumamente

contentos del aprecio con que los miraban aquellos pueblos.

Estas disposiciones tan humildes hácia sus superiores y hácia todos los que consideraban como tales, provenian verosimilmente de la naturaleza de su gobierno, que era monárquico. Sus reyes se llamaban Caciques, y esta dignidad era hereditaria; pero habia gefes y príncipes que eran tributarios de los reyes.

La isla española estaba dividida en cinco reynos, y la historia de uno de sus Soberanos, llamado Cuanaboa, es muy digna de referirse. Habia sido gefe de los

Caraibos, como tal habia entrado por los dominios del Cacique Behechis, y le habia hecho la guerra; pero habiendo pactado que en adelante prohibiria á los Caraibos sus compatriotas que hiciesen semejantes hostilidades, casó con la hermosa Anacoana, hermana del referido Behechis, la que llevó en dote una provincia que la dió el nombre de Rey. Enseñó á sus vasallos el uso del arco y de la flecha, armas que jamas habian tenido; pero conservando siempre la ferocidad propia de sus predecesores los Caraibos, fué acusado ante Christóbal Colon por la muer-

te de algunos españoles, y fué enviado á España, donde hubiera sido castigado, á no haber perecido el baxel que le conducia.

Quando moria un Cacique, vaciaban su cadáver, y le ponian á secar en un horno en términos que se pudiesen conservar los huesos y el pellejo; despues de lo qual le depositaban en un subterraneo, donde estaban los cadáveres de sus antepasados. Dice Oviedo que el fin de esta preparacion era hacer tan inmortal su cuerpo como su nombre. Si sucedia que el Cacique moria en la guerra, y era imposible retirar su cadáver, se com-

ponian cánticos en su honor, y se los enseñaban á los niños; cuya demostracion es sin duda superior á los mas suntuosos sepulcros, porque la memoria de los muertos debe servir de objeto de emulacion á los vivos.

Estos cánticos históricos formaban parte de los *Ariestoes* ó festejos públicos que referí al principio; y la reunion de estas composiciones, formaba una historia nacional muy instructiva para la juventud; pues le conservaba las tradicionet de sus antepasados, y las antigüedades de su pais. Algunos han dicho que entre estas

canciones nacionales habia algunas proféticas que anunciaban la ruina de su pais por la llegada de ciertos vestidos extrangeros y armados del fuego del cielo.

Estos isleños eran esclavos de la supersticion, lo mismo que lo han sido siempre todas las naciones sepultadas en la ignorancia. Su Teología consistia en una ridícula mezcla de necedades groseras y de tradiciones pueriles, frutos del error y del miedo. Sin embargo, en medio de esta obscura noche hallamos rasgos que nos asombran. Los historiadores nos han conservado el discurso de un anciano de Cuba

que se presentó á Colon con un canastillo de frutos, y le habló en estos términos. — "Ignoramos si sois deidades ú hombres mortales; pero sabemos que habeis venido á nuestros paises con fuerzas, á quienes seria necedad el intentar resistir. Todos estamos sometidos á vuestra voluntad; pero si sois hombres mortales, debeis saber que despues de esta vida hay otra donde los buenos y los malos no tienen igual recompensa. Si esperais la muerte, y si creeis como nosotros que despues de esta vida cada uno será tratado segun el bien que haya hecho, no hariais

ningun daño á los que tampoco os le pretenden hacer.

Creian que las almas de los buenos eran transportadas á un valle delicioso llamado *Cayaba*, donde hallaban los frutos mas agradables, donde espesas arboledas los defendian de los rayos del sol, y donde, por decirlo de una vez, reynaba una primavera eterna. Estaban íntimamente persuadidos de que sus mayores delicias en aquel lugar de eterno descanso, consistirian en la compañía de aquellas personas á quienes mas habian amado, y en disfrutar la presencia y la vista de sus mayores.

Estas ideas de una remuneracion en la otra vida, parece que dan á estos isleños un grado muy superior sobre los habitantes del continente. Igualmente que los Caraibos creian que hay muchos Dioses; pero tambien confesaban como ellos la existencia de un Dios supremo, invisible, inmortal y criador todo-poderoso, á quien daban el nombre de *Jocahuna*. A esta verdad importante añadian las ideas mas disparatadas y mas agenas de toda buena razon. Daban á este Dios supremo un padre y una madre, á quienes llamaban con diversos nombres, y suponian que

habitaban en el sol y en la luna. Su sistema de idolatría era todavia mas absurdo que el de los Caraibos. Tributaban los honores divinos á las piedras y á los troncos, á quienes llamaban *Zemi*, y no creian que estas figuras eran símbolos de sus deidades, sino las mismas deidades.

A pesar de que adoraban al Criador del universo, le hacian la mayor injuria suponiéndole que miraba con una absoluta indiferencia la obra de sus manos. Estaban creyendo que el Ser supremo habia fiado la administracion del mundo á unos seres maléficos

que se complacian en volver en mal todo lo que el Criador habia destinado para bien. En sus prácticas religiosas no eran impelidos por ningun movimiento de gratitud, de amor, ni de esperanza; y era muy natural que faltasen estos sentimientos á unos hombres que suponian que Dios miraba con absoluta indiferencia sus bienes y sus males.

Los ídolos que tenian eran sumamente feos, y representaban ó reptiles venenosos, ó cuerpos humanos horriblemente desfigurados. Solo miraban á estos ídolos como unas deidades maléficas.

Los *Bohitos* ó sacerdotes fomentaban semejantes supersticiones, y en cada poblacion habia una casa destinada al culto de los *Zemis*. No era lícita la entrada en estos adoratorios sino ciertos dias; y los sacerdotes que decian interpretaban la voluntad de estos Zemis, se lisonjeaban de que aplacaban su cólera mediante sus continuas oraciones. Las ceremonias religiosas, que eran sobremanera groseras y absurdas, servian admirablemente para las ideas de los sacerdotes. Estos, con el mismo fin de mantener la sumision del pueblo, practicaban la medicina,

y se atribuian el derecho de educar á los hijos de los poderosos; de modo que habian logrado conciliar los intereses temporales con las ideas religiosas, para que su autoridad fuese mas absoluta.

Los Caciques por su parte contribuian tambien á mantener el pueblo en estos errores; y poniéndose de acuerdo con los sacerdotes, lograban que sus decretos, una vez apoyados por éstos, pasasen como dictados por la boca del mismo Dios. Colon cuenta que habiendo entrado algunos de sus soldados en una de estas casas destinadas al culto, quando

no se esperaba su venida, halláron al Cacique ocupado en solicitar las respuestas de los ídolos. Por el sonido de la voz del oráculo, juzgáron que debaxo de la imágen habia un conducto subterráneo, y para averiguarlo derribâron el ídolo, y halláron un tubo cubierto con hojas, por el qual el sacerdote hablaba como por una vocina, haciendo creer á los presentes que era la voz del ídolo. El Cacique les rogó con las mayores instancias que no contasen lo que habian descubierto, porque estos fraudes piadosos le servian para recoger los tributos de sus vasallos,

y mantener obedientes á los pueblos.

Con esta anécdota concluyó nuestro Astrólogo el extracto de sus noticias, que á todos pareciéron muy apreciables, y no se habló ninguna otra cosa de provecho, porque ya estábamos concluyendo nuestra media jornada.

CONVERSACION VI.

Puerta muy singular con que cierra la boca de su cueva la araña, llamada Munadora. — Remedio facilísimo contra las polillas — Influencia que tiene el magnetismo contra las moscas. — Insecto que se viste con sus mismos excrementos. — Otro que forma con ellos una especie de quitàsol para librarse de los rayos del sol.

La variedad de asuntos que habiamos tratado, casi nos habia

hecho olvidar de lo que tenia que contarnos Don Cárlos; y así, ántes que recayese la conversacion sobre otros puntos, dixo así Don Severo.

DON SEVERO.

Hace mucho tiempo que el señor Don Cárlos no nos dice nada: los insectos han descansado demasiado; y pues que tambien lo ha hecho su historiador, razon será que nos diga algunas particularidades de su vida, que yo bien sé que han de ser curiosas, y que tiene bastantes materiales donde elegir.

DON CARLOS.

Campo es ese que jamas se puede acabar de recorrer; y por mucho que se ande, siempre quedan por hacer nuevos descubrimientos; y así, no puedo negarme á proseguir.

La última vez hablé á vmds. del modo con que algunos insectos fabrican sus nidos; ahora voy á contarles otra historia de esta clase, y luego pasaré á hablar de las varias formas que tienen de vestirse, puès tambien hay sus modas entre el pueblo de los insectos.

Esto supuesto, vamos á regis-

trar la habitacion de la araña, llamada *Minadora*. Esta fixa siempre su morada en un terreno que esté muy pendiente, y pueda dar fácil paso á las aguas de las lluvias. Allí cava una mina de dos pies de largo, y tan ancha, que le permita subir y baxar con comodidad. Pero lo mas singular que tiene su habitacion es una especie de trampa que tiene en la boca de ella, y la sirve para muchos usos. Esta trampa, que puede merecer el nombre de obra maestra, consiste en muchas capas de tierra mojada y reunida con sus hilos, cuyos contornos guardan con

tanta exâctitud la figura circular, que parece han sido trazados con un compas. La espalda de la trampa, esto es, la cara que mira al interior de la mina, es convexâ y unida; y por el contrario, la superficie que está á la flor del terreno es plana y escabrosa, confundiéndose tambien con lo demas del terreno, que apénas puede distinguirse; cosa que sin duda procura el insecto para ocultarse mejor de sus enemigos.

Sin embargo, no es esto todo lo maravilloso de su obra; y con verdad les aseguro á vmds. que temo continuar en su descripcion,

porque no creán que les cuento una fábula. La cara inferior de esta trampa está sostenida por unos hilos prolongados; de modo que forman una especie de bisagra que suspende diestramente su trampa á la boca de la cueva, y subiendo y baxando abre y cierra el subterraneo. Ya se conoce desde luego que su propio peso basta para baxarla, ya porque está mas inclinada que lo restante del terreno, y ya porque el insecto ha tenido cuidado de colocarla á la parte superior de la abertura, como si tuviese conocidos los efectos de la gravedad. Esta abertura tiene

la figura de un embudo, y su parte mas ancha forma una especie de canal, donde encaxa la trampa quando baxa, ajustándose á él con tanta exâctitud, que no dexa por afuera ningun apoyo para levantarla.

Tal es el mecanismo con que está construida esta trampa: vamos ahora á divertirnos, suponiendo que tenemos delante uno de estos nidos, y que queremos abrir esta especie de puerta para visitar la habitacion de la araña. Para vencer la trampa es suficiente palanca un alfiler; pero hallarémos por dentro una resistencia

bastante grande, ocasionada por el ama de casa, que apénas es advertida por el movimiento de los hilos de que está rodeada la trampa, de que hay enemigos á su puerta, sube del fondo de su cueva para defender la entrada, apoya sus patas en la pared y en la puerta, y formando una especie de tranca con su cuerpo, hace esfuerzos para impedir que la abran; y así la puerta se abrirá y se cerrará alternativamente segun venzamos nosotros ó dexemos vencer á la araña.

Por mucha que sea su resistencia, no nos será dificil la vic-

toria; y forzada ya la puerta, obligarémos al pobre insecto á retirarse al fondo de su cueva con tanta mas prisa, quanto la luz del sol la es tan perjudicial, que si se la expone á ella por un corto rato, pierde repentinamente su agilidad natural, se queda como adormecida, y no tarda en morir.

DON FERNANDO.

No sabré decir á vmd. si la trampa de esa araña es una obra superior á los nidos de las cartoneras y de la abeja tapicera, pues á mi parecer exîge un instinto de superior clase, porque reune en sí una porcion de circunstancias en

términos que se me figura la obra de un hábil mecánico.

DON SEVERO.

Dificil es de resolver ese problema; pero dexemos las cosas en su justo valor, diciendo que todas son maravillosas, y vamos á oir lo que el señor Don Cárlos nos cuenta de los vestidos de los insectos.

DOÑA CLARA.

Como los trages son el objeto favorito de las mugeres desde que el señor Don Cárlos nos anunció que habia de hablar de los insectos, no he cesado de fatigar mi memoria para ver si habia leido

ú oido alguna cosa de este punto, y no me he podido acordar mas que de las polillas, que como todos saben, se visten de nuestras mismas ropas.

DON SEVERO.

Y bien cara que nos cuesta esa habilidad; pues en un instante nos echan á perder los mejores vestidos, siendo lo peor del cuento, que quanto mas guardados estan, quedan mas expuestos á los insultos de estos malditos vichos, sin haber remedio ninguno para evitar este daño, á no ser el sumo cuidado, y la precaucion de sacudirlos continuamente, sacándo-

los adonde los dé el ayre.

DON CARLOS.

Sin tanto trabajo puede muy bien hacerse la guerra de estos industriosos contrarios; y porque en mis noticias hallen vmds. algo útil, ya que dicen encuentran tanto de agradable, voy á darles un remedio eficacísimo contra las polillas. El aceyte de trementina las es sumamente perjudicial por el olor que exhala; y así, poniendo en los cofres unos papelitos mojados en este aceyte, y con las debidas precauciones para que no manchen la ropa, y sea el remedio peor que la enfermedad, se logrará desha-

cerse indefectiblemente de estos enemigos domésticos; pues morirán quantas polillas huelan el aceyte. Ya ven vmds. que el remedio no es ni dificil ni costoso.

ASTROLOGO.

Señor, las palabras son como las cerezas, que apénas sale una de la banasta sin traer enredadas quatro ó cinco compañeras. Dígolo porque el remedio contra las polillas me ha hecho acordar de lo que dice un autor aleman acerca de la influencia que tiene el magnetismo contra las moscas.

Un literato de aquella nacion, que tenia en su gabinete un iman

artificial montado en la guarnicion que regularmente se les pone, notó por espacio de muchos años que las moscas que en gran número acudian al gabinete, jamas se ponian sobre el iman; y si alguna se acercaba imprudentemente, no tardaba en alejarse del peligro con la mayor precipitacion, como si temiese hallar en el iman su muerte. Si se hiciesen de este hecho las aplicaciones que merece, y se comprobase que la fuerza magnética es contraria á las moscas, se podrian magnetizar muchas piezas de hierro que á poco tiempo se ponen asquerosas por las moscas

que acuden á ensuciarse sobre ellas.

DON CARLOS.

Oxalá se comprobase esta virtud; pues las moscas son unos animalitos tan incómodos por su número como por su tenacidad.

DON SEVERO.

En recompensa son dignas de elogio por el valor que manifiestan. Todos los animales huyen quando se les amenaza; pero á la mosca parece la sirve de estímulo para venir á un parage la misma amenaza con que se la quiere ahuyentar. Así es que uno de los generales de la antigua Grecia, hablando con sus soldados, los

exhortaba á que imitasen á las moscas.

DON FERNANDO.

Nunca se habrán visto tan honrados esos asquerosos é incómodos insectos; pero ya nos hemos extraviado mucho de nuestra conversacion, y no quisiera que al amigo Don Cárlos se le olvidase lo que nos tiene que contar.

DON CARLOS.

Bien presente tengo lo que he ofrecido: quizás habrán vmds. oido decir que los Hotentotes, como hombres groseros y salvages, se visten con las tripas de los bueyes, sin tomarse siquiera el traba-

jo de limpiarlas. Pues sepan vmds. que en punto á semejante porquería (si me es lícito explicarme en estos términos) hay unos insectos que les llevan muchas ventajas, pues hacen su vestido, sirviéndoles de tela sus mismos excrementos. No me parece que nadie los ganará á económicos; pues seguramente no pueden buscar un paño mas barato.

El insecto que así se viste, es un pequeño gusano muy gordo, y gran comedor de estiercol é inmundicias. Su piel delicada y sumamente fina, cosa opuesta á lo que sus costumbres merecen, tie-

ne necesidad de ponerse á cubierto de los rayos del sol; y precisamente la conformacion del animal está dispuesta del mejor modo para que logre á poca costa lo que busca, cubriéndose con las mismas materias que arroja. Tiene el ano en la misma espalda, y así los excrementos van dirigidos á la cabeza, y aunque salen con poca velocidad, el movimiento de los anillos que el animal sabe modificar segun conviene, facilita que se extiendan con bastante igualdad sobre todo su cuerpo. Apénas este gusano ha comido dos ó tres horas quando todo él se ha-

lla revestido de una capa de sus excrementos. Esta capa, entónces muy delgada, se hace mas gruesa á cada comida; y siendo este insecto tan gran comedor como he referido, ya pueden vmds. conocer el prodigioso aumento de su trage; de modo que llega á ser muchas veces mayor que el animal, en cuyo caso, oprimido por su peso, solo saca la cabeza, y parece que no es un ser animado, sino una bola de basura.

Pero esta incomodidad no le dura mas tiempo que el que quiere sufrirla; pues con un movimiento que sabe hacer quando le aco-

moda, se deshace de su vestido, come; y á poco rato se encuentra con otro nuevo.

De esta clase es tambien otro gusano que regularmente anda al rededor de donde hay alcachofas. Es mucho mas limpio para vestirse, aunque tambien se adorna con sus excrementos; pero no uniéndolos á su cuerpo, sino formando con ellos una especie de quitasol que mueve en todas direcciones. El armazon de esta máquina es obra de la naturaleza; pero la tela sale del cuerpo del insecto. Cerca del ano tiene una especie de cola á modo de tenedor;

pero muy escamosa y movible. Quando salen los excrementos se detienen allí, llegan á cubrir aquel tenedor, y á poco rato se halla el gusano provisto de un buen quitasol que le defiende de los rayos del sol, que le pudieran ser sumamente perjudiciales.

Pero no crean vmds. que la cubierta del quitasol se compone únicamente de los excrementos que arroja; pues como este gusano es de aquellos que mudan la piel de tiempo en tiempo; quando esto sucede, la piel que sale se ajusta muy bien sobre la cola, y aumenta la extension del quitasol.

Ya dixe que esta cola es sumamente movible; lo qual proporciona al insecto la comodidad de volverle hácia el sol, y así come descansado á la sombra, estando contento en el campo, aunque sea el dia del calor mas excesivo.

DON SEVERO.

¡Qué admirable es el Criador en sus obras! ¡y cómo es verdad que no hay libro que tanto eleve nuestras almas como la contemplacion de la misma naturaleza! Este estudio bastaba para convencer á los necios ateistas, si acaso hay en el mundo alguno que de todo corazon lo sea, y viva

íntimamente convencido de que no hay un Dios á quien adorar.

DON FERNANDO.

Ha dicho vmd. muy bien en eso; pues los errores del ateismo creo que jamas están sino en la boca de los que quieren singularizarse, y pasar por hombres de un talento superior á costa de perder lo mas precioso, que es su alma.

DON CARLOS.

Señores, yo ya he cumplido mi oferta, y así...

DOÑA CLARA.

Poco á poco, señor Don Cárlos; y sepa vmd., que á Dios gra-

cias, tenemos buena memoria. Quando nos habló vmd. de la hormiga-leon, se acabó la jornada ántes que la conversacion, y nos ofreció vmd. contarnos el combate que sostuvo contra una araña muy singular; y así no es justo que nos prive vmd. del gusto que tendrémos oyendo esta anécdota.

DON CARLOS.

Ciertamente que agradezco el recuerdo de vmd., pues es una prueba de la atencion con que me escucha. Habíaseme olvidado mi promesa; pero es justo que cumpla mi palabra, y voy á hacerlo:

ahora mismo, refiriendo el hecho segun le escribe el naturalista que le observó.

Una de aquellas arañas tan amantes de sus hijos que siempre los llevan consigo metidos en una especie de bolsita que hacen con su misma tela, y sujetan á su cuerpo, prolongando los hilos que la forman, en términos que parece que la bolsa es el vientre del insecto, esta araña, digo, que es sumamente civil y feroz, sobre todo quando se trata de defender á sus hijuelos, fué arrojada por el observador en la trampa armada de la hormiga-leon.

Esta inmediatamente hizo presa en ella, agarrándola por el saco ó bolsillo que he dicho, y procurando enterrarla en la arena. La araña se dexaba enterrar tambien con su bolsillo; pero tanta fuerza hizo la hormiga, que logró romper los hilos que la sujetataban al cuerpo de la araña, y esta quedó libre. Entónces se volvió inmediatamente, cogió con sus patas la bolsilla, y se esforzó á sacarla del poder de su enemigo. Pero trabajó en vano: esta enterró cada vez mas y mas la bolsilla, y la tierna madre, no pudiendo desamparar á sus hijuelos, se dexó enterrar sin ningu-

la resistencia. Acudió entónces el observador, la desenterró, y por fortuna todavia no la habia herido la hormiga; pero aunque la violentó repetidas veces para que huyese, tocándola con un palito, y mortificándola para que se apartase de aquel lugar, no la pudo hacer huir; y el observador tuvo el gusto de ver á esta buena madre tan ágil y tan feroz no poder separarse del lugar donde habia perdido lo que mas amaba.

DON SEVERO.

Buen exemplo da ese insecto á los padres de familia, que no solo no saben defender á sus hijos,

sino que los miran con tanta indiferencia, que los abandonan, exponiéndolos á los mayores peligros, físicos y morales.

DON FERNANDO.

Muy bueno es que el observador á quien debemos esa noticia se divirtiese un rato presenciando ese combate; pero yo no hubiera tenido valor para vér á la pobre araña en tanto aprieto; y aun ántes de que hubiese llegado la cosa al último punto, la hubiera puesto en libertad á ella y á su cria.

DOÑA CLARA.

Qué quieres, hay hombres que

le les figura que los animales no sienten ni padecen; y así se toman la libertad de mortificarlos por divertirse. Yo he visto á algunos que cogian moscas, y las arrojaban en las telas de araña para ver como estas salian inmediatamente á chuparlas la sangre. Yo soy enemiga declarada de las moscas; pero jamas tendria tan brutal pasatiempo. La mosca tiene gran miedo á las arañas; y así la mosca que se ve arrojada sobre la tela de la araña debe sentir (guardando la debida proporcion) las mismas angusias que sentiriamos nosotros si media docena de hombres, ó un gigan-

te que tuviese tanta fuerza como ellos, nos cogiese por medio del cuerpo, y nos arrojase á los pies de una fiera. Seguramente que está escena tiene muy pocos atractivos para solicitar presenciarla por diversion.

ASTROLOGO.

Mucha cuenta tendria á los pobres animales que todos pensasen como vmd., pues seguramente hay algunos que son víctimas de la barbaridad de los hombres.

DON SEVERO.

Todo nace de la falta de reflexion: justo es que matémos los animales que nos son perjudiciales; ó nos pueden servir para nuestro

alimento; pero nadie puede aprobar que se los mortifique ni atormente por una mera diversion. El mismo que nos crió á nosotros los crió á ellos. Su mecanismo, esto es, la configuracion interna y externa de su cuerpo es sumamente admirable, y seguramente que Dios no los crió para que nosotros seamos sus verdugos: ellos sienten, aunque sienten á su modo, y no nos es lícito divertirnos en mortificarlos. Pero ya tenemos aquí nuestra posada; y así, concluyamos la sesion hasta que volvamos á proseguir nuestro viage.





